



MARÍA ANTONIA RICAS
JESÚS DÍAZ HERNÁNDEZ
JOAQUÍN COPEIRO
JESÚS MORATA
RAFAEL J. PASCUAL
JESÚS PINO
ANA ISABEL RODRÍGUEZ ORTEGA
ANDRÉS J. ORTEGA
OLGA FERNÁNDEZ
INMACULADA GÓMEZ VERA
JORGE VIZUETE
REYES SANTIAGO OSTOS
FRANCISQUILLO
FRANCISCO JAVIER REIJA MELCHOR
J. LUÍS CALVO
JOAQUÍN CARBALLIDO PARRA
JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

Portada: José Antonio G^a Villarrubia

HERMES

Hermes X, Toledo, 2010

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 10



**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**

MARÍA ANTONIA RICAS

Anunciación. Botticelli. 1489-90. Galería de los Uffizi

I *La mano ciega*

Se diferencia del amor,
es una copa de murano
fácil de quebrar.

No, no como el amor,
como cariátide de amor
ahí, en pie en su ruina dura,
sosteniendo un techo de viento
cuando ese dios,
¿dónde permanece ese dios?

Es un *apártate de mí*
y la mano repite gestos
de rechazo -todas las manos
ciegas adivinan la punta
deliciosa e hiriente
de la flecha-

Es un estar a punto
siempre de quemarse,
pero la mano va y se quema,
es lo primero calcinado,
es un pájaro aleteando
en su lumbre,
es lo primero derrotado,
es una copa líquida
y brillante que pareciera
que arrasara fluyendo.

La mano va y lo toca
porque no hay otro gesto
aunque se aparte.

Y no es como el amor:
granito o cuarzo
sin parpadeo entre las llamas.

II *La mano escucha*

Asentiría con cautela,
así se salvaría
pero se imanta al rostro.

No habla de los ojos azules
queridísimos,
no habla de los labios carnosos

con silueta precisa
para besar, ni siquiera
con la nariz conversa.

Palpa
con sus terminaciones
sensitivas
y descubre que una música,
surge de lo increíble,
que una música
para besar
desde el otro planeta...

La mano
hace el amor con las mejillas
del mensajero... si pudiera
ronronearía
y si pudiera desnudarse
de velos bailaría
esa lasciva danza.

Aunque
nadie narra cómo la mano
desistió
para dejar al ángel
regresar con respuestas.

Tal vez porque no es el amor

aquello que consigue
su perfección de vuelo.

III *El cuerpo acepta*

La cintura se arquea
y el muslo se antepone
a la intrusión.

Pero el miedo sostiene dos
segundos su paralizante
desconfianza, después cae.

Después el miedo cae
y cae la luz de la tarde
poblada
con juegos y lecturas,
niñeces de quien cree
que el amor cimenta los días
de vivir.

Y lo que atrapa a la cintura,
la desdobra de su giro
y la domina de ansiedad,
no se parece al amor
ni a sus anillos
intencionados.

María Antonia Ricas

Esto carece de algún nombre;
como el agua, toma la forma
del cuerpo que lo acepta
y, como lava,
luego solidifica
su delirio.

Y, al no dejarse nombrar, nunca
cesa en la herida que ensaliva
y nunca duerme.

Con la apariencia del amor
penetra,
¿qué permanece ileso
tras su encuentro?

JESÚS DÍAZ HERNÁNDEZ

el vertedero del olvido

¿Qué sortilegio impío
ha cercado mi mente?
¿Qué pócima sobrenatural
ha encogido mi estómago?
¿Qué sentimientos, ya sentidos,
arroja mi corazón al vertedero
del olvido?

Ya ves que elucubro
como un viejo juglar enamorado
cuando no soy más que un rescoldo
de fuego fatuo.
Pero no temas,
este sufrir lujurioso
no llega a cegar mi ánimo,
resentido de tanto perder.

Es la naturaleza del fracaso
la que da luz al tiempo,
es la perdición de una pasión
lo que extingue las alabanzas
marchitas de lo que creía
más puro.

En la ventana del placer
sacudimos las sábanas
de la desconfianza.
Ya no creemos en nosotros mismos,
nos hemos visto llegar
antes de la partida,
y aún persiste la duda
eterna, insomne, doliente...,
de saber cómo somos.

el camino de los sueños

Pierdo la vista en un punto
y me llegan las imágenes
que no deseo contemplar.
A mi pesar, todo continúa igual
y esa tenue bruma
que crea el rocío de la mañana
es una metáfora pura
de la soledad.

Son mis imágenes,
las he parido yo.
Con mi proverbial encanto
de genio de las cavernas
las detesto.
Como se quiere
a un amor traicionero,
las odio.

El dolor es infinito
pero no hay forma de terminar,
una y otra vez
surgen de la nada
que soy yo
para decirme que el camino
que lleva a los sueños
hace tiempo que dejó de existir,

que la mala hierba lo ha cubierto
por un exceso de vanidad.
El camino nacía en ese punto
donde perdí la vista,
y ahora he perdido la felicidad.

aquello que fue

Aquellos años sublimes
donde apareció la vida y la muerte
y el corto espacio que las une
como un muelle que se estira
y encoge al antojo del azar.

Años sublimes por increíbles,
por la fuerza con que abrazaban,
por la absoluta determinación
con que abrían los ojos
a un mundo de sangre y pasión

Era la vida en estado puro,
tan cerca como estaba de la eternidad.
Era la pasión a borbotones
inagotable en su furor dionisiaco
repicando de corazones indulgentes
como las campanas del sueño eterno.

Los sentidos desatados en una
esquina solitaria, después
de visitar la enfermedad,
eran dichosa recompensa
ante la mirada de la muerte.

La placidez de la noche
y la acidez del día
soportaban estoicamente
los estertores supremos
del paso del tiempo.

Ahora el recuerdo
hace esfuerzos supremos
por no naufragar en el olvido
de lo que fue o, quizá, pudo ser.

eterna luz de la mañana

Eterna luz de la mañana,
Juego perpetuo de soles
en continuo desenfreno
¿Cuánto tiempo ha pasado
desde aquellos días
que nacían al lento ritmo
de la inexperiencia?

Veíamos entonces que
todo estaba por llegar
y no llegaba.
Salíamos de los caminos
de la indiferencia

con las ansias intactas,
pertrechados de ilusiones
que se irían marchitando
al son inhumano del reloj
de la desesperanza.
Tan jóvenes y ya preocupados
por el falso futuro que
vivíamos día a día.

Eterna luz de la mañana,
ya no alumbras
la misericordia del tiempo.
Las cariátides soportan
el peso de tu fulgor
porque saben que llegará
la noche.
A nosotros solo nos queda
fingir que te adoramos
y llevar con dignidad el
acecho de la obscuridad.

la ciudad y el invitado

Siempre la misma calle,
la misma casa, la misma estatua...,
todos abren los ojos al invitado.
Todos esperan que no se canse
de tanta rutina ciudadana.
Las bocas mueven los labios
y sus palabras inundan el asfalto.
Los coches añaden la música
mágica e irreverente
de carnaval diabólico.
El coro trágico asume el peligro
que acecha al invitado del más allá.
La ciudad camina despacio
pero las luces se apagan y encienden
demasiadas veces.
El invitado mira todo,
como es su deber,
y asiente.
Ahora salgamos del cuadro.
El artista ha pintado una
despedida donde no estamos tu y yo.
El invitado sonrío satisfecho.

ese amor distinto

Caminabas con el desgarbo elegante
de las Alseides entre las adelfas,
sumida en una fragancia
que despedía olores de melancolía.
Casi no te reconocía
cuando pasabas a mi lado
transparente de orgullo,
sola con tu desnudez.
Tus ojos, reflejando el sol
de la mañana, me asustaban,
y, sin embargo, nada
podía hacer sino mirarte.

Oh sueños perversos
que me hacéis sucumbir a
un frenesí de dicha etérea,
volved al infierno y quemad las velas,
con ellas alumbraré
mis noches de insomnio
y secaré mis lágrimas.
Prometo olvidar,
no llorar más
por ese amor distinto.

JOAQUÍN COPEIRO

el cubo de agua

-Salva.

-¡Hum!

-¿Qué hora es?

-¿Hum?

-Que qué hora es.

Los ojos de Salva saltaron entonces como los dígitos de una caja registradora, timbrazo incluido. Muy a su pesar, irguió la cabeza para mirar el despertador.

-¡Joder, Lola, que son más de las dos de la madrugada!

Y la susodicha hizo alarde de su proverbial indolencia, se dio media vuelta y en cuestión de segundos inundó la estancia con una lluvia de ronquidos que acabaron por romper el sueño del infortunado Salva.

Pasadas dos horas de vueltas y revueltas bajo las sábanas, Salva abandonó el lecho, se preparó una infusión de tila en la cocina y se arrellanó en el sillón del salón dispuesto a alternar cada treinta minutos las no-

ticias del canal 24 HORAS con el informativo de la CNN+.

Con las primeras luces, el hombre se fue quedando adormilado, y a punto de iniciar la reparación de su malograda noche se hallaba, cuando apareció en el salón Lola.

-¡Qué mal he dormido, hijo! ¡No he pegado ojo desde las dos! ¿Has hecho café?

No, no había hecho café. ¡Anda que tenía él cuerpo ni cabeza para abrir el paquetito de café, que no hay un dios que lo consiga siguiendo las instrucciones, moler los granos, como a Lola le gusta, lavar la cafetera, cargarla, elegir fuego e intensidad en la vitrocerámica, y esperar pacientemente a que el rugido del chisme y el chorro de vapor le indicaran que *la cosa* estaba lista! Pero, bueno, como en tantas otras ocasiones, Salva hizo acopio de fuerzas y de valor, se incorporó como pudo y se dirigió trastabillando hacia la cocina.

-¿Qué dice la tele? ¡Salvaaa, avísame cuando esté el café! -gritó Lola desde el salón.

Las manos de Salva intentaban infructuosamente abrir el paquetito de café, «APERTURA SIN TIJERAS», «TIRAR POR AQUÍ», ¡apertura sin tijeras ni sin tijeras!, ¡qué coño de sin tijeras!, ¿y dónde demonios las habrá puesto?, ¿en el escurridor?, no, ¿en el lavavajillas?, tampoco, ¡claro, en el otro cajón, en el que nunca se guardan!, ¡toma tijeras!, ¡a ver si ahora te abres o no te abres!

El trepidar del molinillo le sacudió el cerebro hasta revelarse en él la imagen de un comprimido de paracetamol. Luego cargó la cafetera, la puso al fuego y

le clavó los ojos con obsesión enfermiza por ver si de esa manera el tiempo hasta el hervor se acortaba. Finalmente, el café estuvo listo.

-¡Lola!

Con movimientos aún inseguros, Salva fue colocando en la mesa el mantel, dos platos, ¡Lola!, dos tazas, dos cucharillas, dos cuchillos, ¡Lola!, metió dos rebanadas de pan de molde en la tostadora, llevó a la mesa el azucarero, una bolsa de magdalenas, ¡Lola!, el bote de mermelada, la tarrina de mantequilla, esperó a que saltaran las tostadas, las recogió en un plato, ¡Lola!, echó mano de la caja de paracetamol, calentó la leche en el microondas, ¡Lola!, se sentó a la mesa, se sirvió el café, la leche, el azúcar, se untó una tostada con mantequilla y mermelada, ¡Lola!, dio un primer bocado, masticó, tragó, abrió la caja de paracetamol, extrajo un comprimido, se lo tomó con un sorbo de café con leche, dio un segundo bocado...

-¡Hijo, podías haberme avisado!

Salva detuvo por un instante el movimiento de sus mandíbulas, pero enseguida lo reanudó y, en silencio, continuó desayunando.

-¿Y si fuéramos al PARQUESUR? Pero a primera hora, que hay menos gente.

¡El PARQUESUR, maldita sea, otra vez, mi primer día de vacaciones, y al PARQUESUR de los cojones! Pues ya tenemos el día echado, trae otro paracetamol, que si no, se me va a poner la cabeza como un sonajero, una buena ducha, ¡agua bendita!, la ducha reconforta, el

PARQUESUR, quedamos en *H & M*, dos horas en el CORTE INGLÉS recorriendo los títulos de las películas uno a uno, *H & M*, ¡hijo, no me has dado tiempo para mirar nada!, vale, me voy a la FNAC, otras dos horas viendo cámaras digitales, videocámaras, más películas, tebeos, de nuevo en *H & M* y un cansancio infinito, un agotamiento visceral, ¡ni paracetamol ni hostias!, la cabeza con una tamborrada de Calanda dentro, ¿comemos?, ¡comemos!, una cola enorme en el *fast food* de turno y ese insufrible olor a repollo agrio y a mostaza.

¡Come, Salva, tío, pídete una cerveza grande, que tu cabeza ya no tiene remedio, una hamburguesa o dos y unas patatas fritas, y disfruta de la vida, un buen café, y saboréalo como si procediera del mejor cafetal colombiano! ¡Recorre deportivamente ZARA, BERSHKA, CORTEFIEL, SPRINGFIELD, y acaba rendido para que esta noche tus huesos y tus neuronas desfallezcan sobre el lecho conyugal, aguanten tus esfínteres durante ocho o diez horas y duermas como un niño al fin, tu cuerpo se reponga del todo y tu cabeza amanezca limpia y despejada como un cielo de primavera! ¡*Carpe diem*, amigo mío, ajeno ahora a lo que pudiera depararte el mañana inmediato, o sea, tu segundo día de vacaciones, fugaces las mismas como el humo de una bocanada del tabaco que ya no jalas desde que a Lola le detectaron alergia a los ácaros del polvo y ella se empeñó en que los bichos esos que dice el médico surcaban el espacio a sus anchas por la casa enganchados al humo que exhalabas cada vez que te trincabas un Montecristo, y me trago la

peste de tus puros, Salva, y los bichos, y me pongo a morir, hijo, que o tus puros o yo!

Mañana, Salva, para que te enteres, y ojalá los dioses te evitaran el sufrimiento y lo trocaran todo en un mal sueño, mañana amanecerás, eso sí, descansado, porque, por suerte, también Lola caerá deshecha esta noche y dormirá como una marmota, sin desvelos por que le digas la hora, y eso te permitirá enhebrar un sueño largo y reparador. Pero yo, que soy el narrador, ¿lo soy?, ¿no lo soy?, ¡lo soy!, te digo, Salva, que la jornada figurará, destacada, en los anales de vuestra convivencia. O si no, al caso.

Viernes, 9 de junio. Os levantáis relajados y tan a gusto, que incluso os echáis un polvo, a pesar de sus alergias. Luego desayunáis bien, sin prisa ni quien os la meta, pues ayer os cansasteis demasiado como para arriesgaros hoy con nuevas aventuras. Tras el desayuno, decides darte una buena ducha que acabe de recomponer tu cuerpo y tu mente. Y es entonces, mientras el agua caliente acaricia tu cuero cabelludo, tus hombros, tus brazos, tus nalgas y tus pies, cuando un grito desgarrador como la sirena de los bomberos, ¡Salva, Salvaaaa, Salvaaaaaa, Salvadoooooor!, llega hasta ti y te saca de la bañera. Calzando como puedes tus chancletas, cubriendo en la carrera tus miserias con tu toalla de baño, vuelas hacia la cocina, irrumpes en ella, desencajada la cara por el miedo a encontrarte ante un estropicio sanguinolento de huesos y cristales.

-¿Qué pasa?

-¡El cubo, que se me ha vertido el cubo de la fregona y le va a caer el agua al vecino! ¡La toalla, echa la toalla y tráete otras!

Por milésimas de segundos manifiestas indecisión, dudas si utilizar o no la que te cubre.

-¡La toallaaa, Salvadoooor!

Te quitas la toalla, te quedas en pelotas, la arrojas sobre el charco, empapas el agua derramada, enterito el cubo, hijo, que va a calar al vecino y vamos a tener un disgusto, ¡vete por otra, vete por otra! Y corres al baño, coges la grande de ella, las dos de las manos, las dos de vuestras partes, y las echas todas al suelo, ¡qué desastre, hijo, qué desastre!

-Tranquila, mujer, que no ha pasado nada.

-¿Nada? ¡Es que ese cubo está mal, eso es lo que pasa, que te lo tengo dicho!

-¿A mí?

-¡Te digo que está mal, que se me ha volcado sin saber por qué, pues porque está mal, y no asienta, no asienta, ya lo sabes!

Desoyes el reproche, y tú, a lo tuyo con las toallas.

-Bueno, esto ya está -dices al fin.

Pero de eso nada, que no está, que la mitad del agua se ha metido debajo del frigorífico y va a calar al vecino, y la vamos a liar, Salva, ¡vamos, vamos, toda el agua debajo del frigorífico, qué disgusto!

-Pero, mujer, si la he recogido.

-¡Que no, que no, que te digo que el agua se ha

metido debajo del frigorífico! ¡Bueno, ya le estará cayendo al vecino! ¡Ay, qué desgracia!

Y tú, Salva, te armas de valor, apartas las toallas encharcadas, le pides calma a Lola, te enfrentas al enorme frigorífico, estudias por dónde agarrarlo, ¡date prisa, que lo calamos, cooño, date prisa!, y te agachas para cogerlo por abajo, tiras con fuerza, sin miedo a quebrarte, porque prefieres quebrarte en el intento, o morir si es preciso, y aquello es una losa que no hay un dios que mueva.

-¡Ay madre, ay madre!

-Tranquila, mujer, a ver si por aquí.

Insistes sujetándolo ahora por arriba, y nada, ¡lo hemos calado!, por los lados, y nada, por la puerta, ¡y en el piso no hay nadie a estas horas!, y nada, otra vez por abajo, y tampoco, ¡lo hemos calado, y no hay nadie!

Llevas más de media hora luchando a brazo partido con aquel monstruo, más de media hora sacudido por los gritos estentóreos de tu esposa, y te resistes como un héroe clásico, sin desfallecer y en pelotas todavía, porque ni tiempo has tenido de cubrirte siquiera las vergüenzas. Pero todo tiene un límite y, al borde de tus fuerzas, desistes.

-¡Pues eso hay que moverlo como sea, hijo, porque yo no estoy dispuesta a que me saquen los colores y a tener que pagar albañiles y pintores al vecino! ¡Así que te vas ahora mismo al de las cocinas y le dices que venga a echarte una mano! ¡Y vistete, Salvador, que pareces un degenerado, hijo!

Hasta entonces, ni te has dado cuenta de que, en efecto, continúas desnudo como un sátiro depravado. Te retiras al dormitorio y te vistes mientras juzgas verosímil la posibilidad que alarma a tu esposa. Tal vez el agua haya calado por debajo del frigorífico al vecino, y acaso ella lleve razón en eso de que pidas ayuda a quien os instaló la cocina. No hay más que hablar. Terminas de vestirte, de calzarte y te echas a la calle a buscar al de las cocinas

La mañana es azul. El sol y el aire te acarician hasta que la pesadilla parece quedarse atrás. Caminas sin demora, pero disfrutando la calle, el paso lento y feliz de los ancianos que buscan el sol, el bullicio de los carritos de la compra, de los vendedores de lotería o de cupones, de los amantes del *footing*, de los carteros, de los taxis, de los adolescentes en monopatín. A cien metros de tu destino, aún contemplas la posibilidad de que todo no sea más que un mal sueño. Incluso cuando traspasas la puerta de la tienda de cocinas, cuando encajas la sonrisa del tipo que buscas, persistes en tu espejismo. Sin embargo, el sonido de tu propia voz al exponer el caso que te lleva por allí te descompone las entrañas.

-Bueno, hombre, no se preocupe, me acerco en un momento y lo movemos. ¡Niño, vuelvo enseguida!

De regreso a casa, detallas al de las cocinas los entresijos del episodio, y él baraja contigo diversas posibilidades, si el frigorífico estará encastrado o no, de qué manera, con enclaves tras las molduras o sin enclaves,

con sujeciones de freno en los rodamientos o sin sujeciones, que es que yo no fui a montarla y, claro, no sé muy bien cómo, pero, tranquilo, que todo tiene solución.

-No lo sé, chico, pero tenemos que moverlo como sea, porque si no, no lo quiero ni pensar.

Lola os recibe lloriqueando, quejosa, hecha un manojo de nervios.

-¡Ay, ay, ay, a ver si usted, a ver si usted, porque lo que es este...!

Pero, tras un estudio meticuloso en el que el de las cocinas constata la negativa del frigorífico a dejarse mover por las buenas, la no existencia de anclajes especiales debajo de las molduras o detrás del mueble de encima y la ausencia del más mínimo indicio de singularidad en su instalación, al tipo no se le ocurre otra manera de moverlo que no sea tirar del muerto los dos a la vez con todas vuestras fuerzas.

Y en efecto, puesto en marcha el plan, conseguimos separar el frigorífico de la pared, y a la vista quedan lamentablemente cables rotos y desenclavados, y algún que otro baldosín que se viene abajo.

-¡Joder, si es que no le habían dado longitud al cable! ¡Este Felipe...!

-¿Y qué hacemos ahora?

-Es que los cables se han roto en el motor. O sea, que hay que llamar al técnico para que compruebe los desperfectos y repare la conexión. ¡Yo es que de eso...!

-Al servicio oficial.

-Sí, claro.

-Bueno, pues nada, dígame qué le debo.

-Sí, deme veinte euros por el desplazamiento y la mano de obra.

Veinte pavos, Salva, hasta luego, lo despide en el ascensor, y gracias por haber venido, ¡ya ves!, y llégate ahora al servicio técnico, cuéntales la película de los hechos, consigue que venga el técnico y que te repare en casa la avería para que no se convierta en una tragedia, con todo descongelado y Lola dando voces, o llorando como ahora. ¿Ahora? ¿Y Lola, que no se la oye?

Regresas a la cocina a interesarte por Lola y observas que está barriendo el hueco del frigorífico.

-¿No había agua?

-Nada, hijo, ni gota, que no sé para qué ha venido ese.

-¡Porque necesitaba veinte euritos para tabaco y pipas, y como nosotros somos así de generosos y se nos sale el dinero por los ojos..., pues ahora le vamos a soltar otros cien al del servicio técnico!

-Hijo, no te pongas así, que ese ha dicho que el cable es corto, y, tarde o temprano, había que alargarlo.

-Me voy al servicio técnico.

-¡Y dile que venga hoy mismo, que se me descongela todo!

En el ascensor, aún resuena el grito de Lola, ¡que se me descongela todo!, pero cuando el chisme se detiene, sales escapado hacia la calle, en busca nuevamente de los reflejos azules y del aire cálido y dulce. Y otra vez aspiras la vida que bulle fresca y lozana bajo los sopor-

tales de la plaza, a la entrada de los almacenes, en el paseo. A la sombra de una acacia, un bohemio observa la misma vida que tú desde el banco en que se apoya su guitarra. Y te convences de que aquel hombre es más feliz en su banco y con su guitarra, que tú afrontando lo del cubo. Por un momento, la tentación de acomodarte junto al hombre y de charlar con él te atrae, aun a riesgo de torcer tu camino. Sin embargo, tu sentido de la responsabilidad te obliga a descartar la idea, y poco después cuentas al del servicio técnico tu odisea, y este, sí, me hago cargo, esta tarde, seguro, que tengo que hacer un par de servicios antes, pero esta tarde voy, no se preocupe.

La firmeza del sol ha aumentado levemente y la sombra resulta apetecible. A diez metros del bohemio, darías algo por arrimarte a él y posponer un rato las quejas insufribles de Lola, ¡que se me descongela todo, Salvadooor!, ¿cómo no te lo has traído? No te detienes con el bohemio, pero entras en un estanco, te compras un Montecristo, le pides fuego al estanquero y, ya en la calle, ralentizas el paso para solazarte con tu puro bajo las acacias. Luego, te diriges, sí, a tu casa, pero te paras delante de los escaparates, pierdes tiempo, lo matas para retrasar la llegada, hasta que la embocadura de tu calle te apesadumbra y doblas la cerviz. Cabizbajo, franqueas el portal, franqueas la puerta del ascensor, asciendes a tu piso, introduces la llave en la cerradura, abres la puerta y... ¡Bendita sorpresa!: ¡el del servicio técnico ya ha remediado el estropicio, y Lola, solicita, le ofrece una

cervecita!

-¡Hombre!

-Lo vi tan apurado, que me dije: me voy ahora mismo a casa de este hombre. ¡Y ya está apañado! Si me echa una mano, colocamos el frigorífico.

La alegría te yergue y, entusiasmado, arrimas tus fuerzas a las del hombre. En segundos, la cocina queda como antes del desastre. Agradecido, despides al técnico en la puerta del ascensor con los setenta y cinco euros que te ha pedido por su servicio: desplazamiento, cables, enchufe, bornes, mano de obra. Setenta y cinco, y otros veinte, noventa y cinco pavos por barrer el hueco del frigorífico. ¡Tiene cojones!

Viernes, 9 de junio.

-Salva.

-¡Hum!

-¿Qué hora es?

-¿Hum?

-Que qué hora es.

Agitado, sudoroso, Salva miró como pudo el reloj. Aunque momentáneamente desvelado, la constatación de haber estado soñando gracias a los dioses lo colmó de felicidad, y tardó unos segundos en responder:

-Anda, cariño, duérmete, que solo son las tres.

Me lanzó una sonora pedorreta, a mí, al narrador, y volvió a dormirse.

JESÚS MORATA

por los siglos de los siglos

Aquel otoño fue fatidicamente luctuoso en nuestra familia. Padre murió para los Santos y la abuela antes de que terminara el mes.

Aún hoy maldigo la terquedad del abuelo por no avenirse a bajar a la aldea y obligarnos con su intransigencia a madre, a mi hermano y a mi a pasar el invierno en la casa de la montaña, rodeados de riscos y soledades.

Para la Purísima cayeron las primeras nevadas y desde entonces nos envolvió un abismo de blancura pegajosa que, junto a los precipicios que nos cercaban, hicieron que me sintiera el niño más solo del mundo, pese a la compañía de mi hermano.

El abuelo tenía el rostro como de granito, igual que la montaña. Sus ojos no dejaban un solo resquicio por donde pudiera haber algo de ternura o una partícula de piedad. Conforme avanzaba el invierno iba creciendo en mí la sensación de aislamiento. Los días los pasába-

mos cuidando el ganado, envueltos en una ventisca tenaz y una niebla espesa que achicaba nuestro mundo al pequeño espacio de la cabaña y el corral.

Nunca entenderé por qué el abuelo disfrutaba contándonos esas historias terribles sobre lobos y licántropos alrededor de la chimenea, después de la frugales cenas y hasta que madre, con un gesto severo y silente nos indicaba que era hora de irnos a la cama. Eran historias manchadas por la sangre de las víctimas, inmoladas sin piedad por los colmillos afilados de los lobos. El abuelo las contaba con todo tipo de detalles y aspavientos. Una atmósfera de pavor parecía salir, como el humo, de los últimos rescoldos de la noche. Describía las escenas con tanto realismo que me hacía sentir el aliento de los lobos helando mi tierna nuca. La imagen de alguna viscera, refulgente sobre la blancura de la nieve, solía rematar la sordidez de sus relatos.

Yo llegué a odiar hasta la extenuación el momento fatídico de dirigirme a la cama para intentar dormir en la oscuridad de la habitación. Azuzada por las historias que acababa de escuchar, mi imaginación desbocada creaba alucinaciones infernales, visiones estruendosas de cuerpos descuartizados o de rostros peludos de hombres lobo. Aquellos espectros se agarraban a mi pensamiento con tanta fuerza que no veía la manera de arrancarlos. Los numerosos y variados ruidos producidos por la furia del viento y la inquietud de las contraventanas me impedían conciliar el sueño hasta muy tarde. Si alguna vez entraba en la habitación de mi hermano, dos

años mayor que yo, buscando protección y consuelo, era rechazado inmediatamente, despedido con cajas destempladas. Mi hermano actuaba sin maldad porque temía que nos descubriera el abuelo, metidos en la cama estrecha y abrazados, porque entonces nos arriesgábamos a probar la dureza de su cayado y a soportar la acritud de su voz cavernaria tachándonos de maricones.

Madre vivía la sobriedad del luto prescriptivo como un alma en pena, casi inmaterial y silenciosa, realizando las múltiples tareas domésticas con una resignación y un desapego hacia nosotros impropio de una madre. Aquella actitud extraña me exasperaba y me hacía sentir un odio viscoso e incontrolable.

El invierno avanzaba sin clemencia en aquel paraíso fantasmagórico. Las nevadas eran cada vez más frecuentes y copiosas. Según decía el mismo abuelo, él que nunca dejaba entrever ni la sombra de una queja, era el más riguroso que había soportado en toda su vida. Las provisiones empezaban a escasear. A pesar de su tacañería espartana no tuvo más remedio que sacrificar uno de los corderos más viejos para evitar que nos muriéramos de hambre.

Una noche intenté eludir la sesión de historias de terror, tras la cena, aludiendo unas calenturas que la sugestión y el propio miedo habían provocado. Él, sin embargo, no quiso privarme del evento. Cuando ya en la cama, pensaba que me había librado, apareció en la habitación con mi hermano, con su rostro adusto y sus grandes dientes, dispuesto a narrarnos uno de sus rela-

tos. Aquella noche, en la penumbra del dormitorio, sentía las palabras clavarse en mi pecho e imaginaba la frialdad de sus colmillos hurgando en mis propias entrañas. El rostro de mi abuelo, enfrascado en la tortura mental, se me antojó en ese momento más fiero y lobuno que nunca. Cuando al cabo de media hora se marcharon los dos, mi pequeño corazón palpitaba sin freno, como queriéndose escapar del cuerpo. Un miedo atroz se había instalado, compitiendo con el frío, en lo más profundo de mis huesos. Temblando hasta el paroxismo y tapado hasta el flequillo con las mantas noté como se cerraba la puerta tras ellos. Cuando la habitación quedó totalmente a oscuras yo ya sabía que no iba a pegar ojo esa noche.

No sé si era mi imaginación pero, sobre la melodía cansina del viento, empecé a percibir un coro de aullidos que en un crescendo inexorable iban aproximándose por las ventanas de la habitación. Al rato oí claramente una letanía de gritos confusos, mezclados con ese réquiem infernal que entonaban los árboles y la ventisca.

Yo tenía nueve años y tanto pavor que no era capaz de despojarme de las mantas. No oí la puerta de la habitación pero sí sentí un aliento pútrido y diabólico por encima de mi cabeza, un refulgir de colmillos que brillaban en la noche y la humedad repelente de unas babas resbalando sobre mi cabello. Hubo un instante en el que perdí el contacto con la realidad, como si el miedo me hubiera hecho desconectarme de la vida. No sabía

decir cuanto tiempo pasó. Cuando volví en mí acaparé el valor suficiente para levantarme de la cama y salir de la habitación buscando alguna pista que me explicara lo que estaba sucediendo.

Desde aquella noche, recorro a menudo las estancias de la casa. El viejo almanaque sigue inerte y cada vez más amarillento, estancado en la fecha de entonces, como si el tiempo se hubiese congelado. De vez en cuando veo a mi hermano, tendido sobre la cama, con el cuello casi arrancado por un brutal mordisco. Madre permanece en la suya con el pecho abierto y un enorme hueco negro donde debería estar el corazón. Yo no podría decir si mi aspecto es tan deplorable como el de ellos porque los espejos, huraños, se niegan a devolver mi imagen.

Llevo años, lustros o siglos dando vueltas por la casa, viviendo en una pesadilla perpetua y horrenda. Por más que lo he buscado, ni en la casa ni en los alrededores he encontrado rastro alguno del abuelo. Es posible que aquella misteriosa noche lo devoraran completamente los lobos o, tal vez sea más probable que él mismo se uniera a la manada para consumir la cacería.

RAFAEL J. PASCUAL

*A Pablo, porque un gesto
vale más que mil exposiciones*

Me había pedido un texto para su cercana exposición del mes de noviembre. Y tan rápido como llegó el encargo, se difuminó en el lienzo de las circunstancias y las cosas de la vida. ¡Las cosas de la vida!: así se refirió a aquel episodio, y no le faltaba razón.

Me siento cerca de algunos artistas que creen en el arte como redentor de un mundo cualquiera, quizás y apenas del suyo propio. Tal vez porque -en una pobre y pacata identificación con ellos- hago redención del mío a través del pincel de la palabra. Y pienso que, como yo con él, esos hombres y mujeres, tocados por la gracia del arte, no hacen más que expiar con éste sus faltas, sus desproporciones y angustias, su lógico resentimiento, oponiendo resistencia contra un mundo empeñado en mostrar sólo una vía por la que marcha todo, en la corriente impuesta y sin meandros que es el río de la vida.

Suena revolucionario y protestante -no lo niego- pero así es como veo yo a los artistas. No entraré en determinar si la función del arte es la de existir de por sí, o la de influir en la sociedad y formar parte de ese viento de cambios que ha de ponerlo todo patas arriba cada cierto tiempo. Es un debate sin fin y poco productivo. Creo yo -siempre abominando de excesos y posturas extremadas- que todo arte tiene su vena estética y genial, proyectada para deleitar y enaltecer el gusto del que la acoge en su mirada. Y si esa corriente desemboca en una provocación de la conciencia, reconduciendo los pasos solitarios del sujeto para encaminarlo hacia el espacio colectivo de la raza humana, pues bien estará también que así sea.

Yo, que tan alejado en lo físico y lo material me encuentro de ellos, pues por poner jamás he puesto las manos en nada que no fuera un bolígrafo y un papel, y apenas me he manchado anecdóticamente en la ténpera o el óleo, en la arcilla que construye los pensamientos del sueño y el deseo, ni me he mirado en los planos y trazados de un urbanismo que parcela el espacio de los hombres, o en el cine o la foto que refleja el raro y mágico momento de un presente que en seguida pasa, me siento cerca de sus pensamientos y creo estampar la firma en el contestatario mensaje, no importa si al mundo o a sí mismos. Pero siempre permanezco aparte, sabiéndome al margen de ese espacio en el que ningún arte me ha acogido.

Mas como admito que tirando por el camino de en medio se puede tomar lo que se dice parte, y también a veces tener arte, me apliqué esta fórmula en cuanto se presentó la oportunidad de hacerlo por medio del encargo mencionado. Claro que él había previsto otra cosa, pero los planes suelen torcerse antes de encontrar el camino correcto por donde discurrir, y así había sucedido. Como aquello de una muestra primeriza, experimental, que fusionaba los hechos de una torpe aunque bien intencionada fotografía con la paleta de color de unos poemas al efecto, le había interesado de algún modo, se le ocurrió pedirme un texto que pudiera ilustrar la selección de obras que tenía pensada para la exposición.

Examinamos juntos el catálogo, y me pareció desde el principio que podían generarse reflexiones interesantes al calor de algunas de aquellas imágenes de suavidad cromática y formal calculada, de recreaciones espaciales donde el individuo aparecía en la soledad retratada de un locutorio cualquiera, o de una calle tranquila donde se producen los encuentros, o de un espacio abierto en el marco de una ventana al campo donde los vecinos permanecen mirando mientras declaran su presencia, a la espera de que la vida pase, con la tranquilidad y el aplomo de quien ya la ha vivido toda.

De mi parecer sobre el autorretrato escondido mediante el artificio estético de plasmarlo y presentarlo a todas luces, no puedo esperar más que interrogantes y

dudas, impresiones que me llevan a preguntas sin respuestas sobre el papel del sujeto que hay tras el artista, del frágil ser humano que se oculta tras la irrenunciable exposición del hombre como creador. Y me atengo a un buen cómplice silencio, pues cualquier pregunta al respecto no obtendría más que respuestas del artista, no del hombre, siendo éste último a quien quisiera llegar tras haber conocido al primero.

Aquí es donde se quiebra mi esperanza; que al artista y su arte siempre podemos recrearlos, moldearlos al paio de la interpretación gestando un mundo nuestro que prosigue desde aquel donde los encontramos: es decir, tomando parte. Pero ¿cómo conocer al hombre?, ¿buscándolo detrás de sus pinturas?, ¿mirando y revisando aquellas obras? Querriamos tomar más parte.

Albergamos la esperanza real de conocer al hombre que se esconde tras el artista, de tener la oportunidad por vez primera de acercarnos sin intermediación de libro alguno o de terceros, ni de estudios, ni de su obra incluso como no sea para una inicial aproximación. No he conocido en persona a muchos hacedores de arte, y la curiosidad me mueve, por más que sepa que detrás hay sólo un ser humano con defectos, virtudes, piernas, brazos... con su visión del mundo mezcla de miedos, fobias, alegrías, problemas sublimes y vulgares que por voz propia sólo me llegan en sus ecos de artista.

Creí llegada mi oportunidad con tamaño ofrecimiento: un principio para un final, un tiempo para hablar con el hombre de su obra, su vida y la historia de sus pensamientos hechos trazos en aquellas pinceladas. Pero apenas si me había hecho a la idea, apenas ya esbozadas mis preguntas, mis enfoques, el escorzo para dar a luz un texto y su materia, cuando me escribió con prisa a fin de retirarme el encargo ya pactado.

Un viejo compromiso, respaldado por la galería que presentaba la muestra, le exigía cambiar de prologuista, y sentía pedirme el favor de que abandonara el proyecto considerando una próxima invitación. ¿Y qué podía hacer yo, sino olvidarme y postergar la oportunidad de tomar parte en una empresa ofrecida y con el mismo derecho retirada? Sólo una ocasión pospuesta para reflexionar sobre el hombre y el artista. Quiero pensar que así es y reconocer aquel gesto como la posibilidad aplazada de encontrarme con el arte y tomar parte.

Así que, mientras espero ese futuro encargo, me intereso por otros artistas en cuyo hacer pueda mezclar e involucrar estas palabras. Y estoy abierto a las propuestas que me dibujen este binomio bosquejado en pocos trazos, pues que es absurdo insistir en tener arte -si no se da- siendo más juicioso estar cerca y arrimarse a quien lo tiene y lo comparte. Filosofía es esta por la que me implicaría siempre, si bien nunca en crear arte, no cediendo por contra en tomar parte. Dicho esto, ¿conocen algún artista interesado?

JESÚS PINO

Debajo de la lluvia

Como llueve,
sospecho que el Amor está a cubierto
debajo de un paraguas o dentro de algún coche,
o que parado,
debajo de un balcón,
mira la lluvia como si fuera la primera vez
y se olvidara de tu vestido rojo y empapado,
de mi camisa blanca y empapada,
de cuando era el Amor
tan tuyo y mío
que jugaba desnudo
debajo de la lluvia.

ANA ISABEL RODRÍGUEZ ORTEGA

escuchando a giorgos dalaras & haris alexiou

Melancolía tupida de lánguidas melodías,
surcos profundos de profundos corazones.

La noche cae lentamente
entre la serenidad de tu melódico latir,
derramando sobre mi alma la huella de tu mágica
verdad,
ancestral recuerdo. Canción, soplo de voces
pulsadas de vetustas liras
y candentes imágenes conservadas en la retina
de los mortales que ensalzan insomnes,
ensimismados, tus bellas formas:
llamaradas ígneas que van prendiendo su espíritu
en concéntricos círculos etéreos,
y conmigo dentro, también se consumen,
en perfecta fusión, en vibrante aleteo
desprovisto de vacío.

Ana Isabel Rodríguez Ortega

Te venero, palabra antigua rescatada,
imperecedero ritmo.

El firmamento contempla absorto
lo especial de tu especial belleza,
mientras me sumerges al instante, sin esfuerzo,
en aquel sentido mundo que tus labios recitan
y que el vuelo de tus alas transparentes
forja ante el penetrante mar,
como latido salobre de miradas quietas,
soñadoras, tácitamente cuidadas.

Y es allí
donde siento que me encuentro a mí misma.
Allí es donde ahora mismo estoy postrada,
solemne junto a ti,
marcada por un sello emocional hondo
que tu tintineo de vereda iluminada, sacra,
acaricia insistente, mece sin temor alguno,
sin el dolor fraguado de alguna ausencia
como respuesta adversa.

Y fluyo cubierta por tu silencio sonoro.
Mi vuelo es alto.
Camino, deambulo por el ingente cielo
flotando sobre la atmósfera de un cuerpo que imagino.
Materializo el registro de tus notas e intento
esculpir imaginariamente ese cuerpo que pueda sostener

Ana Isabel Rodríguez Ortega

las firmes columnas de tu pura esencia, sólo
para sentirme aún más cerca de ti,
de aquel dolor que estás cantando con lacrimoso acento.
Dolor que tal vez se parezca al mío.

Libre de las pesadas ataduras a esta realidad,
a veces hermética, hoy consigo abarcarte.
Por fin, consigo hoy rodearte
con la fragilidad de mis abrazos temblorosos. A ti,
trémulo palpitar inundado por llamas incandescentes,
por pulsos de agua que arden y en la madrugada se
agitan
con incesante furor de irrefrenable deseo.
Siento una voraz ansia de inmortalidad esta noche,
siento un poderoso anhelo de plenitud, una apasiona -
da voluntad
de permanencia en tu sendero sublime. Siento
la eternidad clavando su enigmática fuerza sobre mi
alma,
fuerte y sensible, tremendamente sensible,
pero desde la rotunda fortaleza, esta vez.

Y te siento, delicia para mi espíritu,
como la verdad absoluta que hacia mi verdadero
reflejo me conduce, colmándome de la infinita
e imperativa libertad de amarte tal y como te amo,
tal y como yo elegí un día y, como a su vez,
este acertado destino acertó en dictarme

Ana Isabel Rodríguez Ortega

hace tiempo.

Mi siempre dulce nutriente espiritual,
mi longa vía, así es como yo te quiero,
mientras tú
no cesas de aferrarte a mis pasos,
-desde la sensatez, desde la locura-
creyendo en mí fervorosamente, creyendo en la inefable
majestuosidad de este momento irrepetible,
trascendental viaje, fiel ancla de mi sangre:
fulgor de flamantes astros lejanos, muy próximos
en nuestro profundo y único canto
de desacorazado
corazón.

ANDRÉS J. ORTEGA

El hombre andaluz y con sombrero

Os contaré la historia de un hombre andaluz y con sombrero, escritor en horas muertas para una lúgubre revista de poesías donde siempre habitaba la muerte, y cuyas tres cuartas partes de su derrota nacieron en un día como hoy, veintitrés de abril.

Fue nada más hojear aquel libro que le regalaron cuando sintió la impetuosa necesidad de sacar lo antes posible a la muerte de sus poemas. Primero lo intentó a base de garrotazos, y no pudo; después buscó espantarla batiendo latas como a los pájaros, y no consiguió nada; por último fue con la pluma como batalló su destierro...pero tales investidas sólo consiguieron enfurecer a la vieja muerte que prometió tomarse cumplida venganza por esas insolencias tan propias de los escritores, y así aguardó hasta el último momento, para entonces, cuando llegó su poema último, alcanzar con la

Andrés J. Ortega

espina envenenada de una rosa el corazón del hombre andaluz y con sombrero, completando así la plenitud de su derrota.

Hace algunos años que ese andaluz fue enterrado aquí en Barcelona, y desde entonces la muerte se ha mudado a mis poemas. Hoy por ejemplo, antes de salir a pasear como suele hacer todos los días, me pidió que escribiese la historia que aquí os cuento. Pero será su último encargo, porque he decidido al fin decirle que estoy cansado de vivir con ella, que no quiero continuar bajo el peso helado de su sombra, que me marchó allá donde mi escritura no se ahogue entre sus palabras.

Disculpen pero tengo que dejarles, parece que alguien acaba de entrar en la casa. Sí, es ella, y creo que me trae un regalo... parece ser una rosa.

Olga Fernández

Impedimento

En mi ingenuidad de niño, creí que el día en que mi padre regresara a nuestra morada, en Kapilavvathu, sería el más emocionante de mi vida. Se había marchado de casa cuando yo sólo tenía unos meses. Sabía poco de él porque allí apenas se le mencionaba; tan sólo que era un sabio famoso que se atenía a la disciplina o yama de los ascetas. Había abandonado su cómoda y placentera existencia, a su padre, a su esposa y a mí, para llevar una vida errante, comiendo lo que le daban, vestido como un mendigo, durmiendo en bosques, cuevas o establos, en busca de la Iluminación. Naturalmente, entonces yo no entendía nada de eso. Lo único que podía comprender a mis diez años es lo que me habían dicho algunos criados de la casa: muchos hombres le acompañaban siguiendo su doctrina, así que, como era lógico, dada nuestra casta, yo lo imaginaba como un fuerte guerrero, montado a caballo, con barba negra y tupida, cabellos ensortijados, larga capa y armas relucientes. Me habían dicho que en su juventud había mostrado una

extraordinaria destreza con el arco y yo esperaba que me enseñase a tirar. Estaba impaciente por verle y preguntaba una y otra vez a mi abuelo Suddodhana y a mi madre, Yassodara, cuándo iba a llegar. Mi abuelo me contestaba que no lo sabía con certeza y mi madre no me decía nada. Lo cierto es que yo notaba nerviosa a mi madre, a mi abuelo serio e irritable y, hasta el momento, nunca los había visto así. En la gran casa había mucho movimiento y se preparaba comida para mucha gente, lo que me parecía natural, ya que mi padre iba a venir acompañado de su propio ejército.

No puedo decir exactamente lo que sentí cuando lo vi por primera vez. Supongo que lo primero fue decepción: esperaba al gran guerrero triunfante rodeado por sus huestes y lo que realmente tenía ante mí era algo tan absolutamente opuesto, que, sin embargo, al final me pudo más la curiosidad que la decepción.

Mi padre, Siddartha Gotama, era un hombre alto y delgado, que entró por la gran puerta a pie, vestido con una túnica amarillenta compuesta de pedazos de trapos cosidos toscamente, con el brazo y el hombro derecho al descubierto. Iba del todo afeitado, incluida la cabeza, que le relucía al sol como una esfera brillante. Sus pies, calzados por unas rústicas sandalias, estaban cubiertos de polvo. Los hombres que le acompañaban iban igualmente vestidos y rapados, y no se distinguían en nada de él, si bien se mantenían detrás a una cierta distancia. Comprendí vagamente que mi padre era un

monje, un bhikkhú¹. Personas semejantes habían venido a mendigar a nuestra casa. Yo entonces no percibí la humillación que sintieron mi abuelo y mi madre a ver a Gotama, el heredero de los Sakya, reducido a ese estado que les parecía indigno. Pero la fama de santidad que le precedía quizá palió su indignación. Supongo que mi abuelo aún lo amaba, a pesar de su rebeldía y su huida. Acerca de mi madre, ya no puedo decir lo mismo. Era una viuda con el marido vivo, una mujer repudiada en la práctica, aunque nadie podía achacarle responsabilidad alguna en el abandono de su esposo. El comportamiento de mi madre siempre fue ejemplar, pero ahora creo saber que ella estaba dominada por un gran despecho que a toda costa procuraba disimular, despecho hacia aquel hombre al que sus seguidores llamaban el Bendito, el Sublime, el Glorioso Vencedor, el Perfecto, el Completamente Iluminado.

Recuerdo perfectamente el momento en que me llevaron ante él. Estaba descansando en el jardín, bebiendo un tazón de té. Yo llevaba un cestillo con frutas como ofrenda de bienvenida. Dejé el cestillo en el suelo y me incliné ante él en el saludo más ceremonioso que pude hacer. Me sonrió moviendo apenas las comisuras de los labios, con una sonrisa inefable, semejante a la que he visto luego en algunas deidades de los templos. Me habló con una voz que parecía el murmullo de un arroyo; me rozó la frente en algo parecido a una caricia y los dedos, finos y morenos, tenían el tacto de las hojas

secas. Lo que me sobrecogió, sin embargo, fueron sus ojos, grandes, negros como el ónice, que parecían mirarte sin ver, pero a la vez te penetraban hasta el fondo. Tuve que apartar mi vista de aquellos ojos que parecían enormes pozos a los que daba vértigo asomarse. Después supe que quienes han llegado al Nirvana, quienes han conocido la inmensidad del Universo, quienes han visto la luz del Conocimiento Total, ya no miran como las demás personas. Yo era demasiado pequeño para comprender que mi padre ya no era un humano corriente, sino un humano especial, despojado de todas las pasiones, purificado de todas las bajezas por la sabiduría y la compasión completas: un buda.

-Rahula, hijo mío -me dijo-, yo no puedo darte en herencia tierras, dinero ni posesión material alguna, pero puedo darte algo más valioso: el Dharma² que libera del sufrimiento para siempre. Si vienes conmigo lo poseerás y con él tendrás todo, aunque en apariencia no tengas nada.

Yo no sabía lo que era el Dharma aquél, pero la idea de irme con mi padre, aunque fuese un padre tan singular como ése, y correr alguna aventura, fuera de los muros de la casa, me atraía mucho. Le dije que sí con entusiasmo. No recuerdo que después volviera a llamarme «hijo mío» nunca más.

Cuando decidí seguirle, no sospechaba que ello requiriese una transformación tan radical e inmediata por mi parte: enseguida me raparon la cabeza, cambiaron

mis ropas de seda por el humilde y áspero hábito azafrán, y mi calzado de cuero fino por las rasposas sandalias de cáñamo que confeccionaban los propios monjes. Cuando mi madre vio en el suelo los cabellos suaves y largos que tanto le gustaba acariciar y mi austero aspecto de bhikkhú en miniatura, se tapó la boca con la mano para no emitir ningún lamento, pero no pudo evitar echarse a llorar silenciosamente. Todavía recuerdo los surcos oscuros que le dejó en las mejillas la henna disuelta con las lágrimas.

-Se ha cumplido lo que yo más temía -la oí murmurar.

Yo, sin embargo, no compartía la aflicción de mi madre. Para mí aquello era como un juego y me divertía con el disfraz de monje, a pesar de que me picara un poco la ropa y aún más el calzado. Ciertamente, yo era un niño de diez años.

Sé que mi padre intentó calmar a mi madre. Mientras me miraba y remiraba en el agua de uno de los estanques del jardín, ellos hablaron en un rincón de la casa. Mi madre, de rodillas en el suelo, casi desfallecida; mi padre, sentado en la postura del loto, frente a ella. Se había ido años antes sin despedirse de su esposa, pero ahora era distinto, pues no se iba solo ni clandestinamente. El Buda no hacía ya nada en secreto porque es inconcebible que haya algún acto del que un buda pueda avergonzarse, libre como está ya del peso del karma. Conociendo como conozco ahora su Doctrina, supongo

que intentó convencerla de que eso era lo mejor para mí, de que la existencia humana era demasiado corta y valiosa como para perder el tiempo, como había hecho él, con una vida muelle y vacía. Cuando antes nos pongamos en el camino, antes llegaremos al destino. De todas formas, hasta ser adulto yo no me ordenaría como monje. Tenía tiempo de abandonar la vida de bhikkhú si me cansaba de ello. Él no retenía a nadie por la fuerza, ya que no se puede ser un buda sin libertad.

La mayoría de la gente que oía hablar al Buda quedaba fascinada por sus palabras y si no se decidían a ser monjes, al menos sí a seguir la Doctrina como laicos. Pero estoy seguro de que ante mi madre sus palabras rebotaron. Si Yasshodara no se opuso fue porque la autoridad del Buda, que ya no del esposo, era tan aplastante que se habría vuelto contra ella todo intento de enfrentamiento. Mi padre no era el primer hombre que abandonaba a su familia para dedicarse a la meditación, pero solían ser hombres mayores, con hijos ya casados, viudos o con esposas maduras que ya no les inspiraban mucho interés. Era muy raro que un hombre joven, casado con una mujer bella y con un niño recién nacido, abandonara el hogar familiar. Por tanto, no faltaba antes quien la compadeciera, viéndola como esposa ultrajada, abandonada por un marido preso de una inoportuna obsesión ascética; pero ahora ese cónyuge egoísta y desapegado se había vuelto un santo y Yassodara sabía lo mal visto que estaba luchar contra

un santo. Supongo también que, además, confiaba en que yo me cansaría pronto de la vida de renuncia y volvería con ella. Pero después supe que le había rogado que no volviese a separar a un niño de su madre una edad tan temprana. Mi edad, los diez años, se fijó luego como edad mínima para ingresar en la Sangha.³

Me despedí de mi madre y ella me abrazó tan fuerte que creí que iba a partirme en dos. Creo que fue entonces, con ese abrazo, cuando me transmitió ese sentimiento oscuro que llevaba dentro, aunque yo entonces no pudiera notarlo.

Mi padre y sus monjes marcharon pasados dos días y yo me fui con él, pero, en contra de lo que yo creía no tomamos ninguna montura de las muchas que teníamos y ni siquiera se me permitió andar a su lado. Los bhikkhús marchaban en fila, con un orden jerárquico: delante iban mi padre y su primo Ananda; luego los monjes ordenados de más capacidad y sabiduría, Sariputta y Modgallana, después los monjes más jóvenes y los novicios, algunos de los cuales eran casi niños, pero yo era, sin duda, el más pequeño de todos. Pensé que parecíamos pollos de gansos, caminando detrás de los mayores. No llevaba mucho tiempo andando cuando la aspereza de las sandalias de cáñamo empezó a irritarme la piel y pronto me produjo desolladuras. Me salí entonces de la fila y me acerqué a mi padre, como habría

hecho cualquier niño de mi edad, para decir que me molestaban los pies.

-Padre, las sandalias pinchan y me hacen daño -le dije.

Él volvió ligeremente la cabeza y sin apenas mirarme me contestó:

-Si te molestan, quítatelas. Debes liberarte de todo lo que te haga sufrir. Vuelve ahora a tu sitio -añadió.

Obedecí a mi padre en ambas cosas: retrocedí al último lugar y me quité el calzado. Al principio, como la tierra que pisábanos estaba blanda debido a las lluvias recientes y era más bien arenosa, noté alivio al andar descalzo, pero luego llegamos a un terreno más seco y duro y los guijarros se me clavaban en los pies. Empecé a notar que me sangraban. Me fijé en que el muchacho que iba delante de mí, así como algunos monjes, iban descalzos, pero a ellos no parecía molestarles la desnudez de sus pies. Sin duda tenían las plantas encallecidas y no sentían ningún dolor. Pero yo ya no podía más, era incapaz de dar un paso. Los pies lastimados, casi en carne viva, me dolían como si me los hubieran abrasado con un hierro de marcar ganado. Me quedé parado y luego me senté en el suelo, esperando a que se dieran cuenta y se detuvieran. Pero la formación de monjes continuó avanzando y llegó un momento en que estaban ya bastante lejos y sólo podía vislumbrar las túnicas anaranjadas de los últimos. No parecían haber notado mi ausencia y si lo habían notado, no parecía importarles.

Entonces sentí que me recorría una oleada de pánico. Estaba solo en medio de un camino que desconocía, lejos de mi madre y de mi abuelo y con los pies heridos, casi inválido. Me eché a llorar, y no sé si fue porque me oyeron a pesar de la distancia o al fin me echaron en falta, el caso es que la fila se detuvo. Un monje se acercaba. No hace falta explicar cómo me alegré, sobre todo porque creí que era mi padre el que venía, pero cuando lo tuve cerca vi que no era él, sino Ananda, el bondadoso Ananda. Me cogió y me subió sobre sus hombros, evitando que mis pies lacerados tocaran el suelo. Cuando por fin paramos para descansar y pasar la noche, fue él quien me lavó y me vendó con los retales de trapos que llevaba, para remendar su hábito, en su pequeño saco de viaje.

Ananda, querido Ananda. Siempre le he defendido de aquellos envidiosos que le reprochaban no haber llegado a la Iluminación, a pesar de haber permanecido tanto tiempo con el Buda y de haber estado más cerca de él que ningún otro discípulo.

-»Ananda no ha aprendido nada, su mente es pequeña y sólo vale para memorizar los Sutras⁴ como un papagayo, sin saber apenas lo que significan» -decían los maldicientes.

Yo les contestaba que Ananda era digno de transmitir la Doctrina más que nadie, no sólo por su prodigiosa memoria para retener los discursos y las parábolas del Buda, sino porque delante de él exhaló el Perfecto su

último aliento; sus lágrimas acompañaron su marcha definitiva hacia la Gran Extinción y su compasión arrojó el cuerpo enfermo y consumido del Bendito.

Nos sentamos en un claro de un bosquecillo de mangos. Era un lugar agradable, cerca de una pequeña fuente. El grupo se paraba cuándo y dónde a mi padre le parecía bien, pero luego me enteré que era Ananda muchas veces el que escogía el lugar, sugiriéndoselo al Buda.

Teníamos provisiones suficientes para ese día y algunos más, pues en mi casa, lógicamente habían sido generosos. Tocaba descansar y comer. Mi padre se sentó bajo un árbol frondoso, como hacía siempre y vi que me hacía señas para que me acercara. Ananda me llevó en vilo hasta donde estaba el Buda. Miró mis pies, pero no me preguntó cómo me encontraba.

- Quiero que sepas, Rahula, que yo explico la causa y el cese del sufrimiento.

Mi padre, era evidente, quiso aprovechar mi dolor para empezar a instruirme en el Dharma.

-Entonces, quítame este dolor -dije señalándome los pies vendados con los harapos de Ananda.

-No es ése el tipo de sufrimiento que yo me dedico a eliminar; además el dolor físico es efímero, se pasa casi tan rápidamente como el placer. Tus heridas son superficiales y sanarán pronto por sí solas. Yo me refiero al sufrimiento que vuelve una y otra vez con los renacimientos continuos. Se sufre porque se nace, y se nace

una y otra vez porque nos domina el deseo, la ira y la ignorancia, que son como enfermedades de la mente; pero si las curamos, si las arrancamos de nosotros al llegar a la Iluminación, dejaremos por siempre de nacer y de sufrir.

En ese momento el Buda estaba haciéndome un buen resumen de las Cuatro Nobles Verdades, pero no había llegado a empezar la cuarta, cuando debí de darme cuenta de que yo realmente no le escuchaba y calló. Yo estaba dolorido, cansado y hambriento. Y, repito, tenía sólo diez años. El Buda, pues, dejó a un lado su lección y me mandó descansar. Ananda volvió a ocuparse de mí. Me sentó a su lado y me dio de comer de su cuenco el arroz cocido con leche que nos habían hecho en casa y los dulces fritos de miel y sésamo que eran mis favoritos y de los que llevaba una buena cantidad. Luego, a pesar de la tortura del dolor de pies, me dormí con la cabeza en su regazo. Mientras me invadía el sueño lamenté que Ananda no fuera mi padre.

La noche íbamos a pasarla al raso, lo que no era nada nuevo para aquellos monjes errantes, pero sí para mí, que siempre había dormido bajo techo. Se hizo una hoguera para alejar a los animales peligrosos y nos tumbamos directamente sobre la tierra. Yo pensaba que dormiría cerca de mi padre o de Ananda, pero tuve que hacerlo con los novicios. Ananda tenía el privilegio de dormir cerca del Buda, pues era su asistente personal. Pasé muy mala noche. No estaba acostumbrado a la dureza

del suelo, echaba de menos la comodidad de mi cama y, sobre todo, los brazos tiernos y protectores de mi madre, que muchas veces se acostaba conmigo. En ese momento, me habría conformado con el muslo huesudo de Ananda, en el que había reclinado mi cabeza antes. Sin embargo, eso no fue lo peor. Lo peor fue el miedo, el miedo que me daban los ruidos de las criaturas nocturnas, que salían para buscar su comida. Oía los gritos sordos de los murciélagos, el ulular de los búhos y, sobre todo, a lo lejos los rugidos de las fieras. También tenía miedo de los otros ruidos, más sutiles, que hacían las hojas y las ramas al moverse impulsadas por seres silenciosos. Imaginaba que las serpientes venenosas pululaban por allí y que alguna de ellas me mordería. Ignoraba yo entonces las historias que se contaban acerca de mi padre, de su poder para domesticar a las serpientes e, incluso, que una enorme cobra le había hecho sombra con su cuerpo para evitar que el sol le molestara durante la meditación. Conocer esas leyendas me habría ayudado en ese momento, en que el terror me dominaba. Yo veía que los demás monjes no tenían miedo, sin duda confiaban en los poderes del Buda, pero yo sólo por vergüenza contenía mis ganas de llorar. Al fin, no pude soportarlo, me levanté cojeando y me acosté sin hacer ruido al lado de Ananda, que roncaba suavemente, echado de lado como los demás bhikkhús.

Cuando desperté, Ananda me miraba. En su cara bondadosa había una sonrisa franca, pero sus palabras

eran de reprobación y movía el dedo de forma admonitoria.

-Lo que has hecho está mal, pequeño monje. No debes moverte del lugar que se te asigne. Le conté que había pasado mucho miedo y que no entendía por qué no podía dormir con mi familia, pues el Buda era mi padre y él mi tío segundo.

-Debes comprender que no puedes exigir del Buda ningún privilegio. Para él, no eres más que un novicio y la cercanía al Buda se gana con la virtud y la sabiduría, no por el parentesco. Es cierto que yo tengo el honor de poder servirle directamente, pero es porque necesita alguien que se ocupe de sus necesidades materiales, por eso me permite que esté tan cerca de él.

-Pero yo soy su hijo...Me trata como si no me quisiera, como si yo no le importase nada.

-El Buda te ama, como ama a todos los seres sensibles. Comprende que el hecho de que por tus venas corra su noble sangre puede despertar envidia en los otros monjes. ¿Quieres que la fomite mimándote? ¿Puedes querer mayor suerte para ti que ser hijo del Bendito? ¡Acabas de llegar y quieres ser el primero! ¡Vaya que eres atrevido, muchacho!

Yo bajé la cabeza ante la regañina. Me decía a mí mismo que de poco me valía ser hijo del Buda si no me hacía más caso que a otro, pero me callé.

Ananda continuó más conciliador, aunque el tono de su voz siempre había sido suave:

-Eres un niño y aún no sabes nada de la Doctrina. Hasta que no pase cierto tiempo puede haber cosas que no entiendas bien y que te hagan sentir extrañeza, pero debes estar seguro de que todo lo que hace el Buda, de cara a ti o a otros, es perfectamente justo y nace de la más pura bondad.

Ananda volvió a sonreír y pasó varias veces su mano por mi calva cabeza. Sus palabras me animaron algo, pero fue su caricia, que yo agradecí como si fuera un perro vagabundo, lo que realmente sosegó mi corazón y levantó mi espíritu.

Pasé cerca de tres años con mi padre o, mejor dicho, con el resto de los monjes que mi padre guiaba. Durante ese tiempo aprendí la base de la Doctrina, que era mucho más sencilla de lo que yo creía. Tuve ocasión de hablar con él muchas veces, pero siempre guardando turno, como los demás novicios. Mi padre me aclaraba las dudas acerca del Dharma con la misma sonrisa y la misma paciencia que usaba con el resto de los bhikkús jóvenes.

Es curioso lo rápidamente que cesó de importarme su lejanía afectiva. Dejé muy pronto de considerarlo mi padre y en mi mente sólo hubo cabida para la figura magistral y venerable del Buda. Claro que entonces Ananda estaba ahí. Pasamos por muchas aldeas y pueblos, cuyo nombre no recuerdo ahora y se nos fueron agregando muchos adeptos. El grupo de monjes que seguían a mi padre superaba los doscientos miembros,

porque aunque había algunos que nos dejaban a los pocos meses de iniciar la vida de renunciantes, enseguida otros nuevos los sustituían. Llegó un día en que el Buda decidió que el grupo debía escindirse. A mi padre no le gustaban los grupos de *bkikkhús* excesivamente numerosos, aunque quisiera difundir su doctrina ante el mayor número posible de personas. Eso no era una contradicción porque el Buda no sólo era un místico, sino también un hombre práctico. Los grupos muy numerosos eran difíciles de alimentar cuando se viajaba por los caminos, pues no siempre se pasaba por lugares prósperos y dar de comer a más de cien monjes resultaba gravoso para cualquier pueblo; además existía mayor riesgo de que la disciplina se relajase y surgieran disputas cuando convivían en un lugar pequeño tantas personas. Cierto es que de vez en cuando el Buda encontraba a algún hombre rico que le cedía parte de sus tierras o jardines, como había ocurrido con Anathapindika, gracias al cual poseíamos un magnífico arama en Jatavana.⁵ Entonces lo *bhikkús* hallaban un asentamiento fijo y amplio donde podían convivir muchos monjes. Se contruían chozas y se formaba una especie de aldea monacal. Los monjes podían quedarse el tiempo que quisieran y llevar una vida relativamente sedentaria. A veces, los simpatizantes laicos incluso les llevaban la comida y algunos podían liberarse un tanto de la mendicidad y dedicar más tiempo a la meditación y a charlar con las gentes que se les acercaban para conocer el

Dharma.

Es cierto que cualquier seguidor de la Doctrina hubiera preferido ser admitido en la Sangha por el propio Buda, pero él, a pesar de que se decía que los yoguis avanzados, los samanas⁶ perfectos, podían, entre otros prodigios, proyectar su cuerpo en varios lugares a la vez, mi padre nunca hizo alarde del don de la ubicuidad. Sabía, además, que su vida no sería eterna y que la Sangha debería proseguir sin él. Por ello, cuando ya tenía a su cargo demasiados bhikkhús y veía ya a un discípulo bien preparado, le encomendaba la dirección de un grupo. Así que una mañana los doscientos monjes que seguían a mi padre se dividieron en dos grupos. Sariputta era uno de los discípulos más sabios del Buda y a mí me tocó irme con él. El Buda se despidió de mí, como de todos, con un breve saludo de su mano derecha y no puedo decir que mi corazón se conmoviese demasiado. En cambio, ante la idea de perder a Ananda sentí una gran pena y se me llenaron los ojos de lágrimas, que me enjuagué disimuladamente. Sariputta, volvió pronto con el Buda, pues en cuanto a la Doctrina, acabó siendo su brazo derecho, pero yo sólo lo vi unas cuantas veces más y, naturalmente, me ocurrió lo mismo con Ananda, pues el Buda y él eran inseparables.

Han pasado ya cincuenta años desde ese momento y ahora estoy muy cerca de la vejez. Mi vida ha sido siempre la de un monje del Buda. Me ordené a los veinte años, como se estableció en la Regla, desde ese momen-

to he predicado incontables veces la Doctrina, he otorgado los Tres Refugios a miles de personas, he ordenado a cientos de monjes. Me llaman «El Venerable Hijo del Bendito» y me dicen que soy digno de su noble sangre. Cuando considero eso no dejo de sentir perplejidad, pues no puedo concebir al Buda, tan vacío de deseo, tan exento de todo apego material, engendrando a un ser humano.

Ya de niño, en la casa de mi abuelo, había observado cómo se reproducían los animales: veía aparearse a las aves, al ganado que pastaba en nuestras tierras, a los perros, a los monos e incluso a los criados. Algunas noches en que me hallaba desvelado salía silenciosamente de mi lecho y me daba por espiar a la gente de servicio que yacía durmiendo en las dependencias de la casa. Oía risitas sofocadas, gemidos suaves, ruidos guturales y, si había luna llena, hasta podía observar cómo los hombres y las mujeres se abrazaban y se estrujaban los cuerpos mutuamente, moviéndose de una forma que a mí me parecía violenta, y torpementemente mecánica, como las embestidas de los carneros. A mis años puedo ya comprender cabalmente la fuerza del deseo sexual y, por eso mismo, no puedo imaginar a mi padre, aunque entonces aún no hubiera alcanzado el Despertar, sometido al mismo impulso que una bestia en celo. Pero no tengo más remedio que admitirlo: soy hijo de la carne del Buda; pensar lo contrario sería infamar a mi madre, además, no hay duda posible, pues todos me han dicho que mi parecido físico con él es grande, hasta el punto

de que algunas personas mayores, que conocieron a mi padre y cuya cabeza flaquea por la edad, me confunden con él. Creen que ha abandonado el Nirvana para nacer de nuevo o que es inmortal y se arrojan a mis pies, intentando besarme las sandalias y el borde de la túnica. Yo les alzo del suelo y les sacó de su error. Porque, ciertamente soy muy distinto del Buda, aunque externamente mis actos secunden a mi imagen.

Si alguien, con el conocimiento menguado de los hombres vulgares, examinara atentamente mi conducta, apenas podría encontrar alguna falta en los años que llevo de bhikkhú y como maestro de bhikkhús. Jamás he faltado a los votos principales⁷: mi cuerpo, este pobre recipiente, está intacto como una vasija nunca usada, guardada en el fondo de un arca; no siento ningún aprecio por el poder o la riqueza y si los senderos por los que camino estuvieran empedrados con esmeraldas no me agacharía para cogerlas más que si fueran cantos rodados; jamás he tomado nada que no me fuese ofrecido, y nunca sustancias inadecuadas. Sólo he bebido agua, té y alguna infusión cuando he estado enfermo. Me cortaría la mano antes de matar a una lombriz; y en cuanto a faltar a la verdad, a nadie se le ha ocurrido nunca preguntarme si amaba al Buda, por lo que no he tenido que mentir.

Como maestro de monjes he escuchado muchas veces las faltas de las que se acusan en la ceremonia de la patimokkha.⁸ Frecuentemente tenía que hacer esfuer-

zos por contener la sonrisa cuando veía a los bhikkhús apesadumbrados por sus pequeñas transgresiones: uno había comido después del mediodía; otro había discutido con un compañero y le había roto el cuenco de las limosnas. Hubo también quien contó, compungido, que por descuido había aplastado con el trasero a un pobre escarabajo que estaba en la piedra donde se sentó. Yo les aconsejaba sabiamente: «No comáis fuera de vuestra hora, la mariposa de la seda nace sin boca y aun así vuela.» «No os aflijáis por romper un cacharro de arcilla, sino por la violencia que os lleva a romperlo.» «La maldad no está en la acción, sino en la motivación. Pero sed siempre conscientes de vuestros actos, así no haréis daño a ninguna pequeña criatura. Que el monje esté siempre atento a sus pensamientos, a sus palabras y a sus obras: eso pide el Buda a sus bhikkhús.»

Los monjes penitentes quedaban muy reconfortado por mis palabras. Claro que, de vez en cuando, tenía que disponer la expulsión de la Sangha por faltas verdaderamente graves: en una ocasión un bhikkhú había almacenado durante días las monedas de las ofrendas para gastárselas con una prostituta. Había justificado su carencia de limosnas diciendo que le habían robado y encima había cometido la imprudencia de comprar un collar de plata y ámbar para su amiga, provocando los comentarios, maliciosos pero certeros, del mercader. Con una sola de esas faltas habría sido suficiente para expulsarlo, tanto más cuanto había roto tres votos impor-

tantes de una vez. Sin embargo, a pesar de que en estos casos me veía obligado a actuar con severidad, en el fondo sentía envidia de los pobres desgraciados que se habían dejado llevar por la avidez natural en los hombres, pero que, al fin, era bastante más inocua que el turbio sentimiento que a mí me dominaba. Pensaba que, si realmente supieran lo que yo albergaba en mi interior, se hubieran apartado de mí con horror, como de un paria leproso, incluso me habrían apedreado como a una ali-mañá afectada por la rabia. Sólo los iluminados habrían sentido compasión de mí; sí, seguro que mi padre habría tenido compasión, me habría mirado con la piedad con la que miraba a las criaturas alejadas por miles de vidas de la paz del Nirvana, lo mismo que a un borracho que yaciese mojado en sus orines, o a un piojo que viviese entre las greñas de un mendigo. Cuando pienso en ello, siento aún más fuerte la espuela del rencor. Porque yo, Rahula, hijo del Buda, monje del Buda, maestro de monjes del Buda, difusor de la Doctrina del Buda, odio al Buda.

No sé exactamente cuando arraigó esta hiedra venenosa en mi corazón. Me digo a mí mismo que fue ese último abrazo de mi madre el que plantó la semilla que insidiosamente creció como un parásito hasta asfixiar por completo el resto de amor que sentía por mi padre. Como monje acostumbrado a la reflexión, intenté hallar la causa de tanto resentimiento y concluí que lo odiaba por una serie de minucias que habían engordado espan-

tosamente como grandes larvas necrófagas, que se alimentasen de la podredumbre de mi alma. Podría decir que le odio por las veces que hizo llorar a mi madre; pero lo cierto es que le odio porque no fue él quien curó mis pies sangrantes; porque no permitió que durmiese junto a él las noches en que sentía miedo; porque nunca jugó conmigo, porque durante los años que estuve cerca de él no noté ni la más mínima variación en su mirada, ni el menor brillo de satisfacción, ni el menor indicio de disgusto. Pero, sobre todo, le odio por el nombre que me puso: «Rahula», es decir «impedimento», «obstáculo», «cadena». Un impedimento que hay que evitar, un obstáculo que hay que salvar, una cadena que hay que romper. Todo eso, y nada más que eso, fui para él.

Mi rencor es tanto más abominable cuanto sé que nace del más feroz egoísmo. El Buda dedicó la mayor parte de su vida a enseñar a los seres a salvarse de la aflicción que, en la ignorancia, ellos mismos se infligían y a soportar dignamente la que no podían evitar. Lamentó los años que tardó en lanzarse a predicar el cese del sufrimiento y hasta en los últimos minutos de su vida sacó fuerzas para tranquilizar a sus discípulos y animarles a perseverar en el esfuerzo de seguir la senda redentora.

He dicho antes que odiaba al Buda. No es cierto. A quien odio es a mi padre. Durante la meditación he aprendido a separarlos y frecuentemente visualizo al Buda como a una figura de diamante, completamente transparente, que brillase con una cegadora claridad o como

una estatua de oro hecha de una delgada lámina, que contuviese sólo la pureza del vacío, que flotase en el espacio infinito irradiando eternamente una dorada y cálida luz de sabiduría y compasión. Amo la Doctrina del Buda que resplandece, tanto como odio la persona del hombre que me engendró tal vez en la oscuridad, en un lecho revuelto y húmedo, con el grosero espasmo del placer carnal. Todos me envidian por ser hijo del Buda y yo daría cualquier cosa porque él no fuera mi padre. Preferiría incluso a un boyero ignorante y brutal, de los que gastan su sueldo en vino y rameras, porque seguramente él no habría desertado de su paternidad.

Hace tiempo tuve un sueño. Yo era un monjecito tan diminuto que los ciempiés y los renacuajos me parecían del tamaño de perros y cerdos. Ellos me hablaban y me decían :»¡Pobre Rahula, lloriqueando siempre como un crío! Parece viejo porque su cara tiene arrugas y su piel está curtida y seca; sus pies agrietados podrían pisar zarzas sin notarlo; ha andado miles de caminos y conoce tantos sutras como Ananda, pero es aún el niño solo y dolorido que teme que le coman las fieras por la noche y echa de menos los besos de su madre. Se cree un monstruo porque alberga odio y ese odio no es más que una rabieta del mocososo que quiere un dulce y patalea porque no se lo dan». Aquellas sabandijas sentían lástima de mí y yo, avergonzado de su compasión, me escondía detrás de una roca.

Entonces una mano, que para mí era la de un gi-

gante, retiraba la roca, me cogía cuidadosamente, me ponía sobre la palma de la otra mano y me levantaba hasta situarme enfrente de su cara. Yo veía que el rostro del gigante era el de mi padre, pero tenía el aspecto de un dios, con largas orejas, un punto en medio de la frente, sobre el sexto chakra, el cabello ensortijado alzado y acabado en un copete. Yo notaba entonces que su rostro y sus manos eran de piedra, una piedra milenaria, grisácea, erosionada, llena de líquenes amarillentos y musgo negruzco, pero cálida como la carne humana. Sonreía, pero esa vez su sonrisa era tan dulce, que notaba mi corazón traspasado por el amor y sentía dentro de mí un gozo sublime semejante al que deben de sentir los iluminados en el sagrado éxtasis.

La estatua enorme me habló y me dijo:

-»Mi pequeño, he de ser de piedra para perdurar, pero no sabes lo difícil que es ser de piedra y sonreír siempre.»

Entonces me desperté y fue tan duro el contraste entre la felicidad que había sentido en el sueño y la realidad de mi vida, enfrentándome diariamente a mis remordimientos, que deseé morir en ese momento.

Sí, frecuentemente deseo la muerte, deseo lo que tanto temía de pequeño: que un reptil venenoso me muerda. Pero por mucho veneno que me inyecte la más tóxica de las serpientes, nunca podrá igualarse al que llevo en el alma. Sé que tras mi muerte mi renacimiento será de lo más vil, como corresponde a un ser que como yo acu-

mula pensamientos abyectos contra el ser más benéfico que ha pisado la Tierra. En realidad, me engaño si me considero hijo del Buda. Ya no soy hijo del Buda, sino de Mara el Maligno⁹. Mara no pudo vencer al Buda, pero ¡cómo se ha desquitado con su desgraciada creación de huesos y sangre! Noto continuamente sus afiladas uñas hurgando en mi corazón.

Lo peor, lo más espantoso, es que acaso podría yo, si quisiera, liberarme de sus garras. Para un monje veterano como yo, que sabe lo ilusorio del poder del deseo y del odio, y conoce la fuerza de la sabiduría, quizá no sería necesario un esfuerzo demasiado grande para escapar del infierno de Mara. Pero no quiero, me complazco en mi iniquidad, soy jardinero necio y loco que cultiva las malas hierbas y desprecia las flores hermosas y los frutos nutritivos. Me lanzo al abismo insensatamente como un caballo desbocado. Después de cincuenta años de perfecta e hipócrita vida monacal dentro de la Doctrina del Bendito, he descubierto que la perpetuación infame del rencor me satisface más que el excelso logro de la santidad.

El sonido de un trueno cortó los pensamientos impíos de Rahula. Mil veces los había escrito en su mente aquel que, como el Buda, nada había transmitido por otro medio que no fuera la palabra. Por un momento, albergó la esperanza de que algún rayo lo fulminase y

acabara su sufrimiento, al menos en esa vida; pero el trueno fue seguido de una lluvia copiosa. Rahula no se movió, dejó que el agua empapase su túnica. El agua resbalaba por su cabeza afeitada y caía por su cara como una pequeña catarata y eso le producía cierto alivio. Cuando llovía y el agua corría por su rostro podía permitirse llorar sin que nadie lo notase y así apaciguar un poco la congoja de su corazón.

La sal de las lágrimas de Rahula se fundían con el agua dulce de la lluvia y la lluvia, a su vez, era absorbida por la tierra. Rahula no pudo evitar pensar en el proceso de disolución de todo lo existente. Incluso su rencor desaparecería alguna vez cuando él mismo desapareciera. Esa reflexión sustituyó a su destructivo resentimiento. Durante unos momentos, el sentimiento oscuro dio tregua a Rahula.

De pronto, uno de sus bhikkhús se acercó a él.

-Venerable señor, levántate y ven a refugiarte con nosotros.

Rahula no se movió ni contestó. No abrió los ojos siquiera.

El monje insistió:

-Venerable señor, ven a guarecerte en las cabañas, no deberías permanecer tanto rato bajo la lluvia. Además, ha venido a verte un monje anciano, que lleva muchos días de camino. Está muy cansado y enfermo. Dice que anduvo un tiempo con el venerable Ananda.

Al oír el nombre de Ananda, Rahula se levantó y

entró en la cabaña donde habían alojado al monje forastero. Estaba tumbado sobre un camastro de paja, cubierto por su túnica exterior. Un muchacho que le asistía le daba a beber un poco de té caliente. El anciano padecía disentería y tenía fiebre alta. Sorbía el té entre los temblores que le producía la calentura ; con todo, cuando sintió que se acercaba alguien, hizo un esfuerzo por sentarse e intentó ver con sus ojos débiles quién llegaba, pero la cabaña estaba oscura a causa del cielo nublado y sólo vislumbró una silueta.

-¿Eres tú el venerable Rahula, hijo del Bendito?

- Sí, soy yo. ¿Cómo te encuentras, buen monje?

-Si te dijera que bien, mentiría, pero eso no importa ahora -dijo apartando el cuenco de té-. He conseguido encontrarte, cuando temía no poder hacerlo. He caminado mucho y cada vez me encontraba más débil . Por fortuna he llegado a ti cuando ya estaba al límite de mis fuerzas.

-¿Por qué te has esforzado tanto? No soy nadie especial.

-Eres el hijo del Bendito y eso ya te hace especial, pero en verdad no habría emprendido tu búsqueda si no tuviera que entregarte algo muy valioso que me dieron para ti.

Rahula enarcó una ceja perplejo. No imaginaba qué tendría que darle un monje que no conocía de nada. La oscuridad de la pequeña cabaña era cada vez mayor, así que asomó la cabeza y pidió una luz.

El anciano bhikkhú pidió al chico que se marchase pues deseaba hablar a solas con Rahula. El monje que entró con la luz también fue despedido. Rahula se sentó junto al viejo. A la luz de la lamparilla comprobó lo enfermo que estaba. La delgadez del anciano era extrema, incluso para un asceta, y se asemejaba más a una momia que a un ser vivo. El sudor le cubría la frente y le humedecía la túnica. Notó Rahula también un repelente olor a excrementos y a vómito, pero, naturalmente, ignoró aquellos vapores desagradables. Sentía compasión por el anciano monje, pero sobre todo curiosidad, un sentimiento que llevaba mucho tiempo siéndole ajeno.

El viejo rebuscó entre los pliegues de su hábito, sacó un pequeño objeto y lo puso en la mano de Rahula. Era un dije de oro en forma de colmillo de elefante, finamente labrado. El anciano monje adivinó, más que vio, la sorpresa de Rahula y, a pesar del esfuerzo que le costaba hablar, se dispuso a explicarse.

-Me llamo Shiramurtra y anduve varios años con el venerable Ananda, al que tú conociste, quien antes de morir me dio este dije, que a su vez le había dado el Buda, tu padre, también antes de su muerte. Con ello me honró mucho, pues me transmitió un secreto que no conocía nadie salvo el Buda y él. Pero yo era entonces su mejor amigo y se fiaba de mí más que de cualquier otro. Pronto comprenderás que el asunto es delicado.

El viejo hizo una pausa para tomar fuerzas y siguió:

-Ananda me contó que este colgante perteneció al Buda, quien siempre lo llevaba consigo, bajo su túnica, sujeto a la cintura por una cuerda. Nadie sabía que lo llevaba, salvo él, que lo vio unos días antes de que el Buda muriera, cuando estaba tan enfermo, tan mortificado por los dolores de su vientre, que ya no podía lavarse ni vestirse solo. Ananda se extrañó mucho de que el Perfecto, el Tathagata¹⁰, poseyera un objeto material que no fuera el cuenco o la aguja para remendar la ropa. Era un objeto, además, de cierto valor, y era sabido que él había devuelto años antes a su familia sus vestidos y joyas. Había renunciado a todo bien material, salvo a las cosas más humildes e imprescindibles para la decencia. Ciertamente, se había despojado de todo, incluso de la cadena que sostenía el dije, pero no del dije mismo.

Ananda me contó que el Buda le dijo:

-»Ananda, no digas nada de esto a nadie. Te lo explicaré en su momento».

Ananda, por supuesto, guardó silencio. Estaba confuso, pero veneraba al Buda y confiaba plenamente en él. Pensaba que su inteligencia era limitada y a veces no comprendía bien los actos y las palabras más sutiles del Bendito.

El viejo se interrumpió fatigado y con la boca reseca. Rahula le dio a beber un poco más de té. Dando un suspiro el anciano continuó:

-Cuando el Buda se sintió morir, antes de acostarse y alcanzar la Extinción Total, deslizó la joya en la

mano de Ananda y le dijo:

-»Dale esto a Rahula. Él sabrá qué hacer con ello. Pero si no das con él, tíralo al agua de un río o entiérralo profundamente.»

Ananda tampoco comprendió esta vez por qué tenía que desprenderse, en caso último, de algo que el Buda había apreciado tanto, pero de nuevo el Buda conoció sus dudas. Cuando le explicó lo que era, Ananda comprendió, como comprendí yo cuando él me lo explicó a mí. Me transmitió el encargo del Buda, puesto que él no había dado contigo. Hubiera debido deshacerse del colgante, pero deseaba más que nada que tú lo tuvieras y por ello desobedeció al Buda por primera vez en su vida.

- «Dale esto al Venerable Rahula, hijo del Bendito, si no lo encuentras tíralo al agua, entiérralo o destrúyelo como sea, pero no lo pases a otro, que sea yo solamente el que desobedezca al Buda. ¡Ojalá que puedas hacerlo llegar al noble Rahula!»

-¿Por qué tanto secreto en torno a este dije?-preguntó Rahula.

-¿No lo comprendes? -repuso el viejo-. Si se corría la voz de que el Buda conservaba esta joya gentes malvadas como el traidor Devadatta ¹¹, podrían extender la calumnia de que el Bendito no había extinguido completamente su apego y que había mentado a todos al decir que había alcanzado la total Iluminación.

-Pero, ¿qué es exactamente? -preguntó Rahula,

dando vueltas al colgante en la mano.

-Ábrelo.

Rahula acercó el dije a la lamparilla y vio que el colmillo de oro tenía a lo largo una hendidura. En la parte convexa del colgante había una pequeña bisagra. Rahula introdujo la uña en el lado contrario y el dije se abrió. Dentro había un ricito negro que se adaptaba perfectamente a la forma del colmillo. Era un guardapelo.

- Ese mechón lo cortó tu padre, el Bendito, con su propia mano la noche que se marchó de casa de tu abuelo, cuando aún era el príncipe Siddartha.

-Ya veo -dijo Rahula-. Es cabello del Buda, una reliquia. Que la envuelva el oro no es inconveniente, incluso podría ser adecuado. No creo que debemos mantenerla en secreto, pues el Buda me la ha dejado como recuerdo. Los bhikkhús se alegraran mucho de poder venerarla.

El viejo monje creyó percibir un tono ligeramente condescendiente en las palabras de Rahula, parecido al de un adulto al que hubieran dado un juguete para niños pequeños.

-El rizo no es del Buda -dijo Shiramurtra con voz apenas audible-, sino tuyo, venerable Rahula. Tu padre te lo cortó mientras dormías en tu cuna.

Rahula cerró el dije. Había notado como un mazazo en la cabeza, tal como debía de sentirlo en el antiguo culto el buey destinado al sacrificio a los dioses, antes de que el sacerdote hundiera el machete en su

cerviz. Sin mirar a Shiramurtra se levantó y salió apresuradamente de la cabaña, apretando el colgante en la mano.

Durante siete días Rahula desapareció. Algunos lo vieron salir alterado de la pequeña choza y caminar en medio de la tormenta como un autómata. Los bhikkhús se inquietaron e intentaron salir a buscarlo unas horas después, pero ya resultaba casi imposible andar en medio de la lluvia torrencial que arrastraba tierra y ramajes en sucios arroyos, haciendo que los pies se hundieran en el suelo como en arenas movedizas. A los dos días de su marcha, un caminante que pidió refugio en las chozas de los monjes dijo que había visto el día anterior a un bhikkhú con la túnica de los seguidores del Buda Sakyamuni enterrando algo en el suelo enlodado. A pesar del estruendo de la lluvia pudo oír sus sollozos. Le llamó la atención la actitud del monje y quiso preguntarle qué le pasaba, pero al final no se atrevió pensando que podía ser indiscreto. Al tercer día dejó de llover y unos pocos monjes que se atrevieron a adentrarse en el bosque atravesando las torrenteras y los grandes charcos vieron a lo lejos a Rahula, sentado bajo un hermoso ficus semejante al que había cobijado al Buda en el momento de la Iluminación. Volvieron diciendo a los demás que no debían preocuparse, pues el hijo del Bendito se hallaba retirado en meditación profunda y no

debía ser importunado. Los bhikkhús decidieron esperar a su maestro en el asentamiento y hacer su vida habitual hasta que decidiese volver con ellos.

Shiramurtra falleció al día siguiente de la marcha de Rahula. Los bhikkhús lo incineraron en cuanto pudieron y aprovecharon su muerte para meditar sobre el inevitable destino de todos los seres. Recitaron las palabras del Buda, que luego serían recogidas en el Sutra de la Gran Muerte:

Sé tú mismo tu linterna,
sé tú mismo tu refugio,
No hay otro refugio.
El Dharma es tu linterna,
el Dharma es tu refugio.

El séptimo día, un poco antes de las doce, Rahula se presentó ante ellos. Estaba cubierto de barro y se apoyaba en una rama desgajada a guisa de báculo. Los seis días de ayuno y la marcha por el terreno empantanado le habían obligado a usar para no caerse aquel bastón improvisado, pero su voz era alta y clara cuando habló.

-Bhikkhús, os comunico que he alcanzado la Iluminación.

Los monjes que memorizaban sutras callaron; los que paseaban se detuvieron; los que aún comían dejaron de comer; los que recosían sus túnicas suspendieron la labor; los que, más alejados, meditaban, abrieron

los ojos y miraron a Rahula. Luego, todos se postraron ante el nuevo buda.

Notas

1 Literalmente «mendigo», es el nombre que se les da a los monjes budistas, en especial a los de la tradición Theravada.

2 Dharma: literalmente «lo que sostiene», se refiere a la doctrina del Buda. En este vocablo y en otros semejantes uso las formas sánscritas y no las pali por ser éstas menos difundidas.

3 La comunidad monástica budista.

4 Los discursos de Buda

5 «Parque de placeres», asentamiento para los monjes budistas.

6 Ascetas de la tradición brahmánica.

7 Se trata de los Cinco Preceptos: no matar, no robar, no tener relaciones sexuales, no mentir y no tomar drogas ni sustancias intoxicantes.

8 Ceremonia mediante la cual los monjes se autoinculpan públicamente de las faltas que han cometido contra la reglas monástica contenidas en el Vinaya.

9 Mara, en la tradición búdica, es una especie de demonio que tentó al Buda para impedir que alcanzara la Iluminación. Es un símbolo de todos los deseos e impulsos negativos.

10 Literalmente «el que se ha ido», se tradujo luego como «el Perfecto» y hace alusión a su carácter de perfecto iluminado.

11 En la tradición búdica, Devadatta es una especie de Judas que, sintiendo envidia de Buda, creó disensiones, urdió intrigas contra él e incluso llegó a atentar contra su vida.

Inmaculada Gómez Vera

Las catenarias del pensamiento único

Mientras aguardo a que el águila vuelva a su refugio
entre curvas jalonadas de inmensos riscos
guarecidos por la caudalosa mansedumbre,
el cirujano, con la seguridad de una entelequia,
traza un signo en cinemascope
por el que asoma cautelosa
la larga distancia entre tu pensamiento y el mío.
Un bucle articulado por aceros cerebrales,
como un macabro insecto que absorbe
el grasiento néctar de una catenaria,
se alza ante mis ojos
uniéndose en un abrazo al sur.

Inmaculada Gómez Vera

Qué sería...

¿Qué sería de la música si no fuera por el viento, ni si
estuvieran los árboles?

¿Qué sería del viento si no estuvieran los riscos y las
piedras?

¿Qué sería del aire si no estuvieran las puertas y las
rejas?

Como tu corazón, que respira sordamente unos diáfa-
nos sonos.

Re-creación

Entre dos tierras sumerjo y emerjo mi vida.
Nadadora versátil que se agita en pos del sublime
alegato mortal,
conducida por la bocanada del cierzo,
en medio de un torbellino de hojas y cardos
al quicio del alba.

Entre dos lienzos, mis huesos zarandean el hoy
mientras la corriente de una turbina
transforma en flujo de volcán la atracción de dos
piedras.
El señorío de una luna imantada por los metales
exhibe su esplendor
en la omnipotente oscuridad de la noche ciega.

Inmaculada Gómez Vera

Y, como estrellas errantes, chispas
de incandescente materia
revelan a bocanadas los cristales,
que atropelladamente pugnan
por un enojoso apogeo en la corteza de mi geografía.

Titánico duelo del pez arrojado a la orilla
por una recóndita malla,
que remueve la arena mientras la sal entumece su
zozobra.

Jorge Vizuite

Esta noche no he podido dormir

Esta noche no he podido dormir. Me asaltaban los recuerdos de tiempos mejores. Contigo. Conmigo. Creí que te había olvidado, que no eras más que un borrón en este libro, una cicatriz de una herida lejana. Ahora esa herida se ha abierto de golpe.

Esta noche llovía. El agua empapaba los callejones de la ciudad, donde se reúnen los comerciantes de vidas, de sueños y de esperanzas. Donde se hacen tratos secretos a la luz de una farola y se comercia con el toque humano. Esta ciudad, donde encontrar una rosa entre tanto cardo venenoso no es fácil.

Me he puesto la chaqueta y he salido a la calle, dejando que la lluvia me empapase, participando del burdo ritual nocturno, intentando no pensar en que una vez tú y yo tocamos en el mismo grupo de rock. Sin darme cuenta, he llegado a aquel bar, donde solíamos beber cerveza y escuchar el son de la ciudad. El bar estaba deteriorado, vacío, a oscuras. He pasado de largo, no quería recordar que fui yo el que te echó de él. Pero tú

encontraste otros bares. Yo no. Yo me quedé fuera y fui apaleado como un perro salvaje. Abandonado a la lluvia.

Lo he perdido todo. No soy ni la mitad de hombre que una vez fui. Se han llevado mis agallas. Esta ciudad no guarda piedad alguna en sus calles ni clemencia en sus gentes. Esta ciudad me ha dado el golpe de gracia, me ha linchado.

Ayer te vi, al salir de aquel club. Ibas sola, y me paré a saludarte. Te conté mi historia, te dije que lo sentía, que quería volver a tocar contigo. Tú solo dijiste que yo necesitaba una chica fantástica. Yo quise decirte que las chicas fantásticas son inventos de algún gilipollas que no sabe nada de la vida. Que yo solo te quería a ti, tal como eras. Tú no dijiste nada más, te diste la vuelta y te marchaste a tu casa. Yo amanecí borracho.

Sé que, si quiero, hay bares abiertos para mí. Siempre hay algún bar abierto para los buscavidas. También sé que estos bares no tienen la cerveza del bar que ahora dejo atrás. Sé que las puertas de ese bar están cerradas. A ese bar ya no va nadie. De todos modos, aporreé las puertas. No contestaron. Ya no.

He llegado a casa de madrugada, completamente empapado, empapado y vacío.

Porque sé que no volveré a entrar a tu bar.

Porque sé que lo único que puedo hacer es desvanecerme.

Porque... no te veré más en mi carretera...

Joder, ¿hay alguien vivo ahí fuera?

Estabas en aquel campo de amapolas

Estabas en aquel campo de amapolas, esperando que yo llegara. Como todos los días. Pero ese día sabíamos que era distinto al resto. Ese día no guardaba promesas de amor, ni de paseos por las avenidas. Ese día lo único que escondía eran palabras vanas de invierno. La primavera de aquel campo de amapolas había terminado. Pero el verano se haría esperar. Lo que llegaba era el invierno.

«Chico, he de irme, ya no tenemos lo que tuvimos una vez. Los campos de amapolas ya no nos pertenecen. Se han marchitado, ya no volverán a renacer.»

Te diste la vuelta y empezaste a caminar. Estabas tan guapa. Yo lo único que fui capaz de hacer fue quedarme quieto, impasible. Fingí que no me importaba, que tú te lo perdías, pero sabía que lo único que hacía era engañarme. Aún no te habías ido, cuando caí hacia las amapolas marchitas y empecé a llorar. Quería regarlas con mis lágrimas, pretendía resucitarlas con mi llanto. Tú te diste la vuelta y me gritaste. No oí lo que decías, pero pude imaginármelo.

Después de todo, es imposible resucitar amapolas llorando.

Ahora viajo en este tren sin conductor, mirando por las ventanas. Ahora, de vez en cuando, veo los campos de amapolas que no me pertenecen. Ahora, lo único que veo es la vía ferroviaria. Lo que no veo es el destino

de esta vía.

Bueno, el otro día te vi, en un campo de amapolas. No era el mismo campo que una vez se marchitó, era otro campo distinto. Aquel día decidí no bajarme jamás de este tren. Decidí no volver a pisar los campos de amapolas...

Ella

¿Que te hable de ella? ¿Quieres que te la describa? Bueno, si la conoces. No es una belleza, eso tenlo por seguro. No es una chica que te tire para atrás. Y aun así, es una chica increíblemente más guapa que cualquier belleza que puedas encontrarte en cualquier bar o discoteca que encuentres en una carrera de medianoche. Porque ella sabe que poco importa lo que piense cualquier chico que quiera pasar un rato alegre con ella. Ella sabe que esos pensamientos son de usar y de tirar.

¿Que por qué me vuelve loco? Porque la veo caminar por la avenida, sola, tan indefensa, pero a la vez tan segura de sí misma. Quizá tenga esa confianza que a mí me falte, quizá simplemente sea que soy demasiado idiota para ver la realidad, qué se yo. Lo único que sé, es que ella lleva una vida que no quiere llevar. Ella no elige al chico que quiere. No soporta ser elegida por chicos que solo la ven como una belleza más que anotar a su lista de conquistas. Por eso me vuelve loco, chico, y cada vez que la veo, aun sabiendo que no, me pregunto si a

ella le vuelvo loco.

Y esas miradas que echa, como si dijera «estoy esperando a mi príncipe azul, tú no eres ese príncipe». Esas miradas vacías, esas miradas de querer gritarle al mundo «hey, príncipe, estoy aquí, rodeada de caballeros y tú no apareces», esas miradas de vana desesperación porque sabe que el príncipe azul dejó de ser azul con los 15 años. Se enteró de que este mundo no guarda príncipes. Se enteró de la peor manera posible. Ella creía haber encontrado a su príncipe azul, y zas, en apenas cinco minutos, ese príncipe se volvió negro. Dicen que un buen golpe te devuelve a la tierra. Lo que no dicen es que ese golpe puede tardar en curarse.

Ella... ella nunca se fijaría en alguien como yo. Ella es, simplemente, demasiado inteligente como para estar conmigo. Ella no quiere otro príncipe, y yo no tengo nada que ofrecerle, no soy un héroe. Solo soy un perro abandonado y apaleado, que, pese a las palizas, espera a una princesa, aun sabiendo que no existen. Ella busca un príncipe, que no sea azul, porque no existen, pero un príncipe al fin y al cabo...

Ella... joder, es demasiado guapa...

¡Bang!

Se acabó, ya he disparado todas mis balas sin dar en el blanco. He malgastado algunas, lo sé, pero no me arrepiento de haberlo hecho. Ahora estoy tirado en el

suelo, a su merced. A ella aún le queda una bala, y me ha disparado a quemarropa, mientras pensé que podríamos habernos reconciliado. Ella ha jugado conmigo, y aún lo sigue haciendo, mientras me apunta a la cabeza. Solo pido que dispare, que ambos sabemos que es lo que tiene que hacer, porque me estoy desangrando. Y duele, noto cómo la vida me abandona, gota a gota. No quiero sufrir más, y ella está empeñada en seguir apuntando. Está jugando conmigo, puesto que sus anteriores cuatro balas han ido a mis brazos y piernas. Pero antes de dispararme, me dio esperanza. Casi entreví como enfundaba su arma y me tendía la mano. Y yo, iluso, la agarre para intentar levantarme. Ella la soltó, y me dejó caer. ¿Por qué? ¿Por qué no dispara de una vez? ¿Por qué se empeña en jugar conmigo y no me dispara de una vez? Este juego macabro ya ha durado demasiado. Al fin comprendo... ella no tiene intención de apretar ese gatillo... quien va a apretar ese gatillo no es ella, sino él. Ya le veo acercándose, le susurra algo al oído...

Entonces ella, con una sonrisa, dispara.

¡Bang...!

REYES SANTIAGO OSTOS

Qué fácil

Caminaba lentamente. Sintió la brisa fresca de la noche en su rostro. Subió el cuello de su chaqueta pero no aceleró el paso, prefería caminar despacio y agradecer el frescor que aventaron sus mejillas seguramente rojas todavía por la tensión de la tarde. A su mente volvieron los acontecimientos vividos ese día, un día normal si no hubiera sido por lo que pasó aquella tarde.

Ese día había comenzado como otro día corriente. Cuando sonó el despertador ya estaba despierta así que lo apagó y se levantó. Al igual que todos los días se dirigió a la cocina, preparó el café y las tostadas y se sentó a tomarlo viendo las noticias. Nada nuevo. Cuando terminó se duchó y abrió el armario para ver que se ponía. Miró la ropa, estaba sin ánimo, no sabía que ponerse. Al final se decidió por una falda semilarga marrón con un jersey blanco cuello cisne. Se calzó las botas marrones. Cambió de bolso, prefería llevarlo en bandolera, sería más cómodo.

Buscó las llaves del coche, no estaban en su sitio. Recordó mentalmente las acciones de la tarde para ver donde las había metido. Bolsillo del pantalón. Se dirigió de nuevo al dormitorio, allí estaba el pantalón, rebuscó en los bolsillos pero las llaves no aparecían. ¿Bolso? Tampoco. Volvió al vestíbulo y miró en los bolsillos de la chaqueta colgada en el perchero de la entrada. Allí estaban. Las guardó en el bolso y se puso la chaqueta.

Su estado de ánimo no era normal. No sabía lo que le pasaba pero no se sentía bien. No era físico, no, su malestar no era físico, pero no podía decir lo que le pasaba, sólo sabía que estaba rara, desencantada, triste.

La conducción hasta el trabajo fue mecánica. Casi como todo el trabajo de la mañana. Intentó poner sus ideas en claro. ¿Por qué esa sensación? ¿Qué le pasaba? No fue capaz de explicarse lo que le pasaba.

A las dos y media salió de la oficina. Había quedado con Anselmo para comer en el restaurante de siempre. No cogió el coche, le apetecía caminar hasta el restaurante, total eran unos veinte minutos, no llegaría tarde y no tendría que dar vueltas para buscar aparcamiento.

Llegó antes que Anselmo, se sentó en un taburete acodada en la barra y pidió una copa de vino. Estaba llevándosela a la boca cuando Anselmo le pasó una mano por la espalda y le susurraba un hola en su oído a la vez que rozaba con sus labios en forma de beso el lóbulo de su oreja y su cuello. Acercó un taburete y se acomodó en él apoyando una pierna en el taburete que ocupaba Irene,

su mano seguía deslizándose por la espalda de la chica con la otra le quitó la copa que sostenía y la probó. Se dirigió al camarero y le pidió otra igual.

- ¿Qué tal el día? - preguntó Anselmo. La respuesta fue un lacónico ¡Uhhhhh!

- Vaya sigues igual de comunicativa que ayer. ¿Se puede saber que te pasa?

Irene lo miró por primera vez desde su llegada. La mirada era la de un niño pequeño pillado en una falta. No lo sabía, no sabía lo que le pasaba pero estaba claro que le pasaba algo porque hasta Anselmo lo había notado. No podía responder, no sabía como. La salvó de momento la llegada del camarero anunciándoles que la mesa estaba preparada. Irene se levantó y se dirigió a la mesa sin esperar ni mirar a Anselmo. Este la seguía con las dos copas en las manos. Se sentaron uno enfrente del otro.

Irene estaba nerviosa, no se atrevía a mirarlo, se escondía detrás de la carta. Sin embargo, Anselmo la miraba intrigado.

- ¿No vas a decirme lo que te pasa?

Ahora sí que lo miró, pero seguía en silencio. La mirada de Anselmo era interrogante. Volvió a posar la mirada en la carta.

- No lo sé.

-¿Qué no sabes?

- No sé que me pasa.

- ¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

Irene lo miró con agobio. No sabía qué decir. ¡Si no sabía qué le pasaba! ¿Cómo iba a saber qué decir?

- No lo sé, de verdad que no sé lo que me pasa. ¿Qué te apetece? -Se atrevió a preguntar para desviar la pregunta que temía que volviera a hacer Anselmo.

- Creo que tomaré el entrecot de buey. ¿Pedimos algo para compartir de primero?

- Sí, claro. ¿Unos espárragos y un revuelto de setas con gambas?

- Vale,

El camarero tomó nota y se marchó.

Anselmo volvió a la carga.

- Llevas varios días rara y dices que no te pasa nada.

Irene lo miró extrañada. ¿Tanto se le notaba?

- Ni yo misma me lo explico.

- Piensa en voz alta, a lo mejor averiguamos que te pasa.

- ¿Pensar en voz alta? No juegues a sicoanalizarme.

- No te estoy sicoanalizando. Sólo digo que a lo mejor te ayuda pensar en voz alta.

La llegada del camarero con la comida relajó un poco la tensión. Anselmo miró a la mujer, con la mirada le decía que podía empezar a exponer sus pensamientos. Irene tomó aire, respiró profundamente y suspiró. Sus labios por fin se movieron y sus pensamientos sonaron en voz alta.

- Estoy cansada, todos los días la misma rutina.

No hay emoción en mi vida. -Irene se sorprendió. Por fin sus dudas tenían sentido. Era eso. La rutina se había apoderado de su vida y no le veía el sentido a aquella relación. -No veo que esta relación tenga sentido ni vaya a ninguna parte.

La mirada de Anselmo ahora era de terror.

- ¿Que no tiene sentido nuestra relación?

- No, no se la veo. ¿Qué sentido tiene mi vida o la tuya? Todos los días son iguales, no hay emoción.

Anselmo la miraba con asombro pero también su mirada reflejaba miedo.

- ¿Qué emociones quieres? -Preguntó Anselmo.

Irene lo miró como esperando que él le dijera que era lo que quería en su vida. Solo se le ocurrió decirle que esperase hasta que aclarara sus ideas. Anselmo no estaba convencido pero se calló.

Terminaron la comida. Anselmo propuso tomar café en una cafetería cercana más tranquila y seguir hablando. Irene no estaba muy convencida pero accedió.

Una vez sentados ante el café Anselmo atacó directamente.

- ¿A qué emociones te refieres?

- Quizás más que a emociones me refiera a sorpresas, a cambios de rutina, no sé.

- No te entiendo.

- Yo tampoco me entiendo. -Irene se veía más motivada a hablar. Creía saber ya lo que le pasaba y quería poner remedio cuanto antes. -En realidad creo saber ya

lo que me pasa. -Miró directamente al hombre que la interrogaba con la mirada e intentaba cogerle las manos mientras que ella las retiraba y se echaba hacia atrás para poner más terreno por medio. -Estoy aburrida, no hay emoción en mi vida porque no me está aportando nada esta relación.- Se calló. Miraba a la reacción de Anselmo.

- ¿Quieres cortar? -la pregunta surgió como un susurro de la garganta de Anselmo y con todo el miedo reflejado en la voz.

- Sí, sería lo mejor. -La respuesta de Irene fue tan rotunda que ella misma se sorprendió de oírla.

La reacción de Anselmo sorprendió aún más a Irene.

- ¿Romper? ¿Romper? ¿Pero es que estás loca? -su voz se elevaba cada vez más, su cara reflejaba indignación y rabia. -Tu vida no tiene emoción y lo único que se te ocurre es romper. ¿Pero qué te has creído que soy?

Irene estaba alucinada. Anselmo que era la calma en persona ahora era un verdadero energúmeno, un energúmeno que la estaba asustando. Intentó calmarlo pero no hubo manera. Anselmo gritaba cada vez más diciendo burradas como que él era muy hombre como para que ninguna mujer lo dejara, Eso no lo había hecho ninguna puta mujer y ella no iba a ser la primera. Golpeaba la mesa y la cogió por las manos tirando hacia él. Irene no sabía donde mirar ni que hacer. El camarero se les había acercado pero Anselmo lo había echado alegrando

que era una conversación privada, sólo consiguió que bajara la voz y dejara de golpear pero sus manos seguían aprisionando las de Irene y tiraba de ellas acercándola hasta que la rodeó por los hombros con su fuerte brazo mientras que con la otra mano obligaba a Irene a poner su cabeza sobre su hombro para así poder hablarle al oído.

- No sabes lo que dices por que no sabes lo que te pasa ni lo que quieres. ¿Sabes cariño? Es mejor que no sigas hablando. Ya me encargo yo de decirte lo que tienes que hacer. -Intentó besarla.

Irene se había quedado inmobilizada no sólo por la presión que ejercía sobre ella el hombre sino por la sorpresa que le habøa provocado la reacción de Anselmo. Pero cuando sintió sobre sus labios los labios de Anselmo su cuerpo reaccionó. Puso sus brazos entre ambos cuerpos empujando con fuerza el cuerpo del hombre a la vez que retiraba su cabeza con brusquedad y se ayudaba con ella también para retirarse lo más posible de Anselmo.

En cuanto lo consiguió se levantó y se paró delante del hombre mirándolo interrogante.

- ¿Qué te pasa? ¿Cómo has podido montarme esta escena? -Miraba y señalaba a su alrededor ya que todo el mundo los estaba mirando.

- A mí no me pasa nada. -Intentó ponerse en pie y volver a cogerla.

Irene retrocedía con las manos extendidas.

- No te acerques y no vuelvas a tocarme.

- Vamos cariño -la voz de Anselmo era dulce -no sabes lo que dices.

- ¿Qué no sé lo que digo?

El camarero y algunos clientes se habáan acercado al ver como Irene se zafada de Anselmo y se preocupaban por lo que pasaba.

Irene se refugió detrás de algunos de ellos mientras que Anselmo intentaba convencerlos de que no pasaba nada, que era una pequeña discusión. Irene estaba asustada y sus nervios rotos hasta el punto que las lágrimas corrían ya por sus mejillas, se desahogaba en los brazos de una de las clientas que la apartó de la mesa que ocupara con Anselmo.

El nerviosismo de Anselmo no disminuía y su agresividad se hacía más evidente. No había manera de calmarlo y eso que había varias personas interpuestas entre él y la mesa que ocupaba ahora Irene rota en lágrimas.

Los gritos, amenazas y empujones de Anselmo provocó que uno de los clientes llamara a la policía. Cuando ésta llegó Anselmo seguía despotricando contra las mujeres y sobre todo de Irene a la que tachaba de zorra y a la que echaba la culpa de todo. Fueron necesarios varios intentos para calmarlo y conseguir que saliera del local acompañado por la pareja de policías.

Uno de los policías volvió para hablar con Irene que seguía confundida por la actitud de Anselmo, no sabía que contestar a las preguntas que le hacían y

mucho menos cuando le preguntaron que si quería poner una denuncia.

- ¿Denuncia? -Pregunto sin dar crédito -No, no podría. La verdad es que no sé lo que ha pasado en realidad. He decidido romper con él y ha montado en cólera pero nada más. ¿Creen que podría hacer algo más?

- No sabemos como puede reaccionar nadie. En este caso es usted la que tendría que decirnos como puede reaccionar y tomar las medidas oportunas.

- Pero no lo sé, ya les digo que es la primera vez que lo veo de esta manera. ¡Si es la paciencia hecha persona! De verdad. -Irene miraba a todos los presentes.

- Parece que ya está más calmado -entró uno de los clientes que había salido con la policía -Dice que no sabe que le ha pasado que había bebido en la comida y al enterarse de que quería romper con él se le cruzaron los cables.

- Eso dicen todos -Alguien puso en voz alta los pensamientos de muchos de los presentes.

- ¿Quiere denunciarlo? -Volvió a preguntar el policía a Irene -Si no, tendremos que dejarlo marchar. No podemos retenerlo por que en realidad no ha habido agresión.

- No, no. Déjelo que se vaya. -Intentó levantarse - En realidad yo también tendría que irme.

- Espere al menos a que se haya ido para salir usted. -Las palabras del policía alarmó a Irene.

- ¿Cree que puede hacer algo?

El hombre se encogió de hombros pero no contestó. Irene miró a la gente que la rodeaba. Una de las mujeres le aconsejaba que se quedara, que se calmara de todo y sobre todo que se asegurase que Anselmo no estaba por los alrededores. El policía ofreció los servicios de la patrulla para llevarla a casa. No, tenía que recoger el coche. La podrían llevar hasta él. Sí, eso sería lo mejor. Ya era hora de que volviera a su casa.

Al salir a la calle vio a Anselmo que estaba todavía allí hablando con alguno de los clientes, seguramente justificando su comportamiento. La miró e intentó ir hacia ella pero se paró en seco al ver como la acompañaba la policía. Con la mirada le pedía perdón. Irene giró la cabeza y le dio la espalda.

Ahora caminaba hacia su casa. Había dejado el coche en el garaje y caminaba despacio, quería despejar su cabeza y reflexionar sobre lo que había pasado. Ahora sí que estaba desconcertada. No se explicaba el comportamiento de Anselmo, no tenía explicación. Una persona tan calmada, tan educada y correcta... no, no era normal lo que había vivido esa tarde.

Sus pasos resonaban en la calle solitaria. Oyó otros y se sobresaltó. Miró hacia atrás con recelo. Un chico bajaba la calle al igual que ella. Sin explicárselo respiró tranquila. «¿Tiene las llaves de tu casa?» Recordó que alguien le había preguntado al salir de la cafetería. No, no las tenía, por ese lado estaba tranquila, pero tampoco se le había pasado por la cabeza, no creía que Anselmo

hiciera nada más. Ahora se estaba intranquilizando. Aceleró el paso. Se acababa de dar cuenta que en realidad no conocía a Anselmo. Porque ¿cómo explicar lo que había pasado por la tarde?

Estaba llegando ya a su portal, cuando una sombra surgió de pronto de la puerta oscura por la que pasaba, poniéndose delante de ella. Irene dio un salto hacia atrás intentando darse la vuelta para correr mientras de sus labios salía un grito que rápidamente fue cortado por una mano. Anselmo la había agarrado rodeándola con su fuerte brazo, al tiempo que le tapaba la boca y le susurraba al oído dulcemente.

- No grites cariño, no te voy a hacer nada, todo esto ha sido un mal entendido.

Irene intentaba deshacerse de su agresor revolviéndose entre los brazos que la aprisionaban cada vez más fuerte.

- No seas tonta, deja de ya patear.- Anselmo seguía apretándola y la arrastraba hasta la callejuela cercana, oscura y desierta a esas horas. -Sólo quiero que escuches. No sabes el daño que me has hecho, amor. - Su voz era cálida y suave, susurraba en el oído de la mujer que se estaba empezando a relajar al ver que no era capaz de soltarse de aquellos brazos.-¿Sabes pequeña? Te has ido tan deprisa y con aquellos hombres que no he podido decirte lo que tenemos que hacer. -Habla solo, su mano seguía sobre la boca de Irene. -Ahora iremos a tu casa, nos sentaremos tranquilamente y ha-

blaremos un ratito hasta la hora de cenar. No hace falta que hagas nada, pediremos comida al chino y después de cenar te haré el amor, así dormirás placidamente y cuando te despiertes mañana verás que todo esto ha sido una chiquillada.

Irene apreció que Anselmo había relajado la presión de sus brazos al comprobar que la mujer estaba más calmada. Así que aprovechó la ocasión para intentar soltarse. Casi lo consigue. Pero la fuerza de Anselmo no parecía real. Cada vez que la mujer intentaba soltarse, él apretaba más.

- Deja ya de moverte. No te voy a soltar. Me estás obligando a hacerte daño. Si eso es lo que quieres eso es lo que vas a tener. -La apretó más aún, su mano rodeó el brazo de Irene con tanta fuerza que la mujer se estremeció acurrucándose más si cabe en el cuerpo del hombre. No podía gritar porque su boca seguía tapada por la mano del hombre. -¿Ves lo que me estás obligando a hacer? No quiero hacerte daño, pero tú me estás obligando y podría hacerte mucho, ¿sabes?

Irene se mantuvo quieta. Estaba aterrada. Su cuerpo temblaba, por sus mejillas resbalaban las lágrimas y llegaron a la mano de Anselmo que pareció irritarse aún más.

- Ahora sales con las lágrimas. No te estoy haciendo daño, eres tú la que me lo está haciendo a mí. ¿No lo ves? ¿No ves el daño que me estás haciendo? -Se irritaba aún más al comprobar que el cuerpo de Irene tembla-

ba cada vez más con los estertores del llanto que ahora eran más fuertes. -Todas sois iguales, sólo sabéis llorar y llorar para que creamos que os hacemos daño y no soy yo el que te lo hace. ¿No lo ves? Si me hicieras caso no pasaría nada.

Irene no podía parar de llorar y eso hacía que su cuerpo se moviera entre los brazos de Anselmo irritándolo más y más. No oía lo que le decía, sólo sentía la presión del cuerpo del hombre que cada vez estaba más en tensión. Y la presión de su mano sobre su boca era cada vez más fuerte y ahora ya no tapaba sólo su boca, Anselmo había abierto la mano hasta taparle la boca y la nariz de modo que Irene sentía como le iba faltando el aire poco a poco. Las lágrimas dejaron paso al pánico por la falta de aire y eso hizo que su cuerpo intentara con todas sus fuerzas desasirse de los brazos que la aprisionaban, pero eso provocaba el efecto contrario. La presión se hizo más fuerte.

El cuerpo de Irene se relajó por fin. Anselmo no aflojó la presión hasta que el cuerpo de la mujer quedó totalmente inerte en sus brazos. Ahora sí, ahora la soltó con suavidad hasta dejarla tendida sobre el suelo.

Se sentó a su lado. La abrazó con suavidad, levantó la cabeza de Irene hasta apoyarla sobre su hombro. Acariciaba su rostro, pasaba sus labios por las mejillas mojadas de la mujer.

- ¿Ves cariño? ¿Ves lo que me has obligado a hacer? Todo por no hacerme caso.

Sacó una pequeña navaja del bolsillo de su panta-

lón.

-¿Ves amor mío lo que me vas a obligar a hacer ahora? -Acercó la afilada hoja de la navaja a sus muñecas y cortó sin dudar. La sangre empezó a brotar manchando la ropa y la cara de la mujer. -¿Ves muñequita? Así estaremos juntos para siempre como si fuésemos Romeo y Julieta. Mañana cuando salga esto en las noticias dirán todos que ha sido por amor.

Anselmo se equivocó.

«Una nueva víctima de la violencia de género» Rezaba el titular de la noticia. La reportera añadió a la noticia una pequeña cita de Ramón Gómez de la Serna: «Los que matan a una mujer y luego se suicidan, deberían variar el sistema. Suicidarse antes y matarla después».

**LAS GRACIAS DE FRANCISQUILLO, TAMBIÉN
CONOCIDO COMO EL LAÑA**

Un sonetito todos los sábados

Ahora que los bajos me he lavado,
perfumado con ansia mis axilas
que el cafelito púsome las pilas
y que todos los platos he secado;

ahora que la tele he enchufado
(echan un reportaje sobre lilas)
y su destello empapa mis pupilas
puedo decir que estoy bien preparado.

Empuño raudo el boli bic cristal
coloco con gran mimo la cuartilla
y arranco con gracejo y por derecho.

Y de pronto, descubro el carajal
Con tanto prepararme va y me pillá
el último terceto. ¡Qué desecho!

II

España es un potaje de regiones,
puré de realidades nacionales,
gazpacho de cesiones estatales
que devoran con gula los barones.

Revuelto de trigueros y mamones,
suflé de privilegios ancestrales,
mariscada de líos catastrales,
tempura de jetillas y chupones.

Iberia es macedonia de impostores,
paella de chupones del erario,
garrafona sangría que emborracha.

Estimada nación de mis amores:
no tengo de gourmet el recetario
pero tanta comida a mí me empacha.

FRANCISCO JAVIER REIJA MELCHOR

Isla de arena.

Isla de arena.
Con la marea baja
podemos verla.

Pasan las olas
que tal vez la socavan
y la disuelven
o la sepultan
(siempre la cubren).

Vuelven las olas
y acarreando arena
la reconstruyen.

Felicidad:
isla a veces de roca,
otras de arena.

Francisco Javier Reija Melchor

el mar es esa fiera
detrás de los barrotes
custodiada por marinos de guerra.

En las tardes de otoño
los niños ya se aburren
de mirar a la jaula
y el animal se duerme
cansado de las noches
en que rugía debajo de las grúas.

Mar amargo, presa
cazada a llave inglesa y soplete,
que pintaron con sangre en las cavernas
los hombres de otro tiempo,
especie en peligro de extinción,
eslabón oxidado en el extremo
de la cadena trófica.

J. LUÍS CALVO

(Toledo / 47°)

I.

Non me abonda a respiración
e aínda son un vidro resgado.

Quixera ser
a sede das fontes,

ou o latexo
dunha arbore
no bosque.

II.

Quixera erguer o bosque
folla a folla,
fento a fento,
dentro do bosque,

J. Luís Calvo

extinguir as feridas
que as veces son degaros
ou fiestras abertas
a poeira.

Crear novos cantos,
pesar novos beizos,
acender novas lampadas.

Nas túas mans
depenar as palabras.

JOAQUÍN CARBALLIDO PARRA

mujeres

Cuando el calor llega, salen a la calle y se sientan
en los bordillos
Con las piernas desnudas al sol.
Son mujeres de vestidos cortos y noches largas,
interminables.
Mujeres de rostros fríos, nacarados por la soledad y la
fatiga.
Son mujeres lentas que desconocen la gravedad del
tiempo.
Mujeres tristes que se pasan el día riendo.
Son mujeres que no tienen nombre porque las llaman
con todos los nombres.
Mujeres solas siempre en compañía.
Son mujeres de color para vivir en una ciudad gris.
Mujeres que salen a la calle
Con los corazones desnudos al sol
En busca de una cálida caricia de luz.

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

Giovanna

Recuerdo muy bien el día en el que le oí hablar de Giovanna por primera vez. Fue tras una reunión con nuestros amigos, tras una comida de las que a él tanto le gustaban. Habíamos quedado con Esteban y Esperanza, a quienes no veíamos desde hacía meses, y con Irene y Braulio, a los que veíamos casi todas las semanas, tal vez porque vivíamos cerca de ellos y, sin duda, también porque Irene y yo éramos amigas desde el bachillerato, que por aquel entonces se llamaba BUP. Esteban y Esperanza, sin embargo, eran amigos suyos, sobre todo ella, con quien había coincidido en algunos cursos de la universidad, antes de decidir que su verdadera vocación no era la abogacía, sino la botánica, y de montar el vivero al que dedicaba su tiempo y parte del mío. A Eduardo le encantaba estar con los «Es», como solía llamar a Esteban y a Esperanza, con una pretensión de agudeza que solo le hacía gracia a él mismo.

Aquel día habíamos comido en un restaurante vegetariano que acababan de abrir. Ninguno de nosotros

es vegetariano, pero siempre nos ha gustado probar todas las opciones culinarias. La verdad es que la comida del vegetariano nos dejó a todos un poco indiferentes; ni nos gustó ni nos disgustó, aunque yo disfruté bastante con unas alcachofas con champiñones que también celebró Irene. Pero me voy del tema: nunca podré evitar esta tendencia mía a las digresiones; hable de lo que hable, siempre se me va la lengua por los caminos que menos interesan y que más distantes están del tema que se está tratando.

Eduardo habló de Giovanna a los postres, mientras saboreábamos la tarta de chocolate que unánimemente habíamos elegido los seis. Yo no estaba participando en su conversación, ya que Irene me estaba contando cómo hacía ella una tarta de chocolate y naranja que, en sus palabras, superaba muchísimo a la que nos habían servido en ese momento. De refilón oí el nombre de Giovanna de labios de mi marido, pero no sabía decir de qué estaba hablando. Me llamó la atención porque era un nombre que nunca le había oído mencionar y que en ese momento citaba como si fuera el de alguien muy presente en su vida. Cuando hablamos de una persona cercana lo hacemos de manera muy diferente a cuando esa persona de la que hablamos ha pasado deprisa por nuestra vida; no sabría explicar por qué, pero yo percibo con facilidad esa diferencia, y Eduardo habló de Giovanna como si fuera una amiga antigua y muy querida. Lo extraño era que yo no había oído nunca antes ese nombre,

para más rareza italiano y, por lo tanto, más enigmático en nuestro entorno.

A partir de entonces, Giovanna aparecía en los momentos más inesperados; no ella, a la que nunca llegué a conocer, sino su nombre de resonancias antiguas, que no sé por qué yo asociaba con una italiana explosiva, de curvas exuberantes y escote generoso, en cuyo interior imaginaba la mirada ansiosa de Eduardo, buceando feliz entre los pechos turgentes de la mujer desconocida. Bien es cierto que, cuando mencionaba su nombre, Eduardo lo hacía como si fuera el de una divinidad o una mujer idealizada, sin consistencia física, como si, en realidad, Giovanna fuera un producto de su imaginación. Y tampoco sabría explicar el porqué de estas últimas afirmaciones, sobre todo porque, cuando él hablaba de ella, nunca era conmigo. Yo cazaba al vuelo el nombre de la italiana, en conversaciones con otras personas, en sus paseadas y largas comunicaciones telefónicas. Una vez, incluso, lo vi escrito en la página correspondiente al 31 de marzo, en el calendario de mesa que mi marido tiene en su oficina del vivero; allí estaba, con la contundencia de la palabra escrita, con sus dos eses y su forma concreta, que parecía hacer más real la evidencia: «Giovanna», sin más, como si para él fuera suficiente el nombre de ella para recordar sabía Dios qué: una cena, una llamada, una cita galante... Fue ese día, el 31 de marzo que marcaba el calendario, cuando empecé a preocuparme por la presencia constante de

Giovanna, cuando los celos empezaron a hacerse presentes y a llenarme la cabeza de incertidumbres y de sospechas, de dudas y de inquietudes.

¿Quién era Giovanna?, ¿por qué Eduardo hablaba de ella con todos menos conmigo? Para mí había ya pocas dudas: Giovanna era la amante de mi marido; por eso nunca me hablaba de ella, aunque tampoco parecía preocuparle que yo oyera su nombre en sus conversaciones, y esto último me desconcertaba enormemente, pues no encajaba con la ocultación y el secretismo que yo consideraba inherentes al adulterio. Por otro lado, no obstante, podía ser una estrategia para disimular: si hablaba de ella abiertamente, ¿cómo iba a ser su amante? Sería absurdo mencionar su nombre en mi presencia, como él hacía sin reparos, aunque nunca me hablara directamente de ella. Esta última hipótesis cobraba fuerza a cada instante en mi atribulado pensamiento y me llevaba a considerar una osadía y una temeridad la actitud de Eduardo, porque en cualquier momento yo podía preguntarle quién era esa Giovanna de la que tanto hablaba, y, entonces, tendría que inventar, mentir, disimular. Eso sí no tenía ya elaborada una historia verosímil para el momento en el que yo le preguntara. Mi vida había llegado a un grado de incertidumbre que solo podía aliviar la pregunta que, inevitablemente, debía hacerle a mi marido.

No hubo oportunidad para esa pregunta. Una tarde, cuando volvió a casa, me planteó, sin rodeos, que

quería que nos divorciáramos. En un segundo pasaron por mi mente los casi veinte años que llevábamos casados, como una película compuesta de fragmentos inconexos y mal montados, al tiempo que un calor repentino se apoderaba de mis mejillas. Nunca habíamos tenido el más mínimo conflicto, aparte de las naturales disputas matrimoniales; nuestra vida en común era bastante satisfactoria y creo que nos amábamos, con un poco menos intensidad que al principio, pero todavía mucho. No podía comprender esa propuesta de divorcio que Eduardo, más que sugerir, parecía imponerme, según la firmeza y decisión con que me dio la noticia. Pensé en qué día estábamos y recordé que era 3 de abril; solo habían pasado tres días desde que vi el nombre de Giovanna escrito en el calendario de la mesa del despacho, en el vivero. Por fin reaccioné y le pregunté el porqué de esa decisión, pero él no respondió; se limitó a mirarme con intensidad, como si quisiera grabar mis facciones para que no se le olvidaran, con una mirada que expresaba tristeza, aunque no sabía expresar si esta era provocada por la situación tensa y difícil que estábamos viviendo o por algo que se escapaba a mis posibilidades de comprensión. «¿Hay otra mujer?», pregunté, sintiéndome ridícula mientras preguntaba esta frase, que parecía sacada de un melodrama y que sonaba tópica y vacía. Eduardo esbozó entonces una casi imperceptible sonrisa, que dibujó en su rostro una expresión de candidez, rayana en la imbecilidad, y se limitó a decir: «Giovanna»,

con la mirada perdida más allá de mí. Era la primera vez que pronunciaba el nombre de esa mujer en mi presencia, pero las letras que lo componían revolotearon por mi cabeza como si estuvieran habituadas desde siempre a ser oídas por mí. «¿La conozco?», pregunté, y volví a sentirme ridícula, porque la pregunta también me sonó desgastada y novelesca. Hizo entonces un gesto neutro, que lo mismo podía significar sí o no, y luego dijo: «Creo que la viste una vez». Luego no habló más; salió de la habitación y me dejó sola, sentada en el mismo sillón en el que me encontró, con el calor inquieto de las lágrimas que inundaron mis ojos y que se precipitaron luego por mis mejillas, silenciosas y ardientes.

Dos días después, Eduardo se fue de casa, con la promesa de volver para recoger algunas cosas que se dejaba y que, de momento, no tenía posibilidad de llevarse a su nueva residencia. No me dijo dónde iba, aunque yo imaginé que iría a la casa de la tal Giovanna, en algún lugar impreciso de la ciudad. Pasaron algunas semanas y no tuve noticias de Eduardo ni de sus intenciones de venir para llevarse lo que se había dejado. Yo no sabía con certeza qué era lo que quedaba de él en casa. Hasta ese momento no había tenido la curiosidad de mirar entre sus cosas: todo el amor que antes sentía por Eduardo se había convertido en desprecio, a causa de sus maneras de comportarse, de su desdén a la hora de dejarme por otra mujer, del daño y de la soledad que había provocado en mí, tan repentinamente que parecía

imposible que fuera real. Aquella tarde, sin embargo, con el aire cálido de la primavera moviendo con suavidad las cortinas del estudio, colándose a través de las ventanas entreabiertas, sentí que la vida renacía, y me dispuse a revisar los papeles de mi ex marido (así había que considerarlo, aunque aún no nos hubiéramos divorciado legalmente), con el ánimo de tirar a la basura el pasado, ya fuera literalmente o solo como una metáfora.

En un cajón de la mesa del estudio, entre facturas de teléfono y recibos del banco desordenados, encontré un cuaderno pequeño, tamaño octavilla, con las tapas muy desgastadas por los bordes, como de haber sido llevado mucho tiempo en el bolsillo. Lo abrí con impaciencia, esperando encontrar algo parecido a un diario, un lugar en el que Eduardo dejara constancia de la doble vida que, sin duda, había llevado en los últimos meses. Las primeras hojas me decepcionaron, pues solo contenían apuntes de gastos e ingresos relacionados con la contabilidad del vivero. Me resultó absurdo que esas anotaciones estuvieran en ese cuaderno olvidado, en lugar de figurar en los libros contables que había en la oficina. Hojeé con desgana el cuaderillo, y, cuando ya iba a devolverlo al cajón, llamó mi atención una página en la que, con letras rojas estaba escrito el nombre que tanto me venía persiguiendo: «Giovanna», con una letra muy cuidada que demostraba el esmero con el que se había escrito. No ponía nada más en esa hoja, pero, al pasar a la siguiente, encontré escrita, con la misma tin-

ta roja, la descripción que ahora transcribo:

«Giovanna es rubia, aunque más bien habría que decir que su pelo es dorado, del mismo tono brillante del oro, y se hace más hermoso con su extraño peinado, con un moño en forma de rosca por encima de la nuca, pero cayendo en ondas luminosas a ambos lados de su rostro. Sus ojos no son muy grandes, pero su mirada serena sugiere el placer de su compañía, sin más pretensiones que las de mirarse en el fondo de sus pupilas. La frente despejada, el perfil suave, los labios ligeramente rosados, como el rubor de sus mejillas en medio de la blancura de su rostro, tan joven, tan terso...»

Detuve la lectura, ofuscada por el elogio que mi ex marido hacía del rostro de esa desconocida que había sido la causa principal de mis males presentes, en la soledad de una casa siempre compartida y ahora vacía, llena solo con los ecos de tantas palabras y de tanta vida que, de repente, parecía no haber existido jamás. Quería odiar a Giovanna, pero no me resultaba fácil, ya que no era capaz de sentir nada por una persona que solo existía en forma de palabras, oídas o escritas, pero solo palabras, sin la consistencia física de lo que se ha visto y se ha experimentado: Giovanna sin duda era real, pero no lo parecía. Seguí leyendo:

«¿Adónde se dirige su mirada? Daría lo que fuera por saberlo, por encontrarme en el camino que hay entre los ojos y esa zona imprecisa del infinito en donde parecen perderse. Cuando la miro, el enigma de su mi-

rada me deja sin fuerzas, anula mis sentidos y me lleva a perderme en medio de una soledad compartida, compuesta con los retazos de un amor que solo yo siento, pues ella, ¡ay!, no será nunca capaz de amarme...»

A todas luces, Eduardo se equivocaba cuando escribió estas últimas palabras, y la prueba era que en ese mismo momento en el que yo las leía, él estaba con ella, disfrutando de su compañía, de su amor, ese amor que no creía posible un tiempo atrás. Las anotaciones continuaban:

«Miro su cara y la veo iluminada, como si toda la luz del sol se reflejara en ella. Está seria, serena más bien, y sus labios cerrados parecen esconder el secreto de unas palabras que nunca la he oído decir, pero que me gustaría tanto escuchar... Cualquiera cosa pronunciada por esa boca de suaves tonalidades sería suficiente para restaurar mi vida, llena de tribulaciones y de incertidumbres; sería como esa frase que se dice en la misa: «una palabra tuya bastará para sanarme». Giovanna me es ya imprescindible, desde aquella mañana de domingo en el museo, cuando la vi por primera vez, mientras Carol se detenía con deleite en cada cuadro y lo comentaba entusiasmada.»

Al leer mi nombre en este extraño diario, sentí de nuevo que el mundo se me venía encima. Yo estaba con él cuando conoció a Giovanna y no fui capaz de darme cuenta. No pude saber con certeza, en ese momento, a qué museo se refería Eduardo, porque más de una

mañana de domingo la habíamos dedicado a esa actividad, y habíamos visitado, en los últimos meses, el Prado, el Reina Sofía, el Thyssen e incluso alguno de los que había en las ciudades cercanas a Madrid; recordaba una exposición sobre el retrato en el Santa Cruz de Toledo y alguna que otra visita a museos de Segovia y de Ávila: mi pasión por el arte (mi gran frustración: estudié economía, que a mis padres les parecía una carrera con más futuro, pero nunca dejé de interesarme por la pintura); mi pasión por el arte, decía, y la buena disposición de Eduardo por aprender y disfrutar nos llevaban a hacer esas excursiones museísticas con mucha asiduidad. ¿En qué museo, entonces, y en qué fecha vio mi ex marido a la que ahora atormentaba mi vida?

En el cuadernillo había un par de páginas más, llenas de elogios y de poesía barata escritos por Eduardo en honor de Giovanna, pero ninguna referencia que me fuera útil para identificar la fecha y, sobre todo, el museo que ahora buscaba. Seguí mirando los cajones del escritorio, removiendo con ansiedad los papeles y los mil objetos absurdos que contenían, pero no encontré más información: solo hallé, entre aquellos escombros imprecisos, la mordedura feroz de la soledad que me habitaba, más grande al considerar que no podría saber quién era esa Giovanna que había desordenado mi vida: más que la necesidad de recuperar a Eduardo (que cada vez me era menos imprescindible), me inquietaba el deseo de conocer a esa italiana misteriosa, que también fre-

cuentaba los museos y que, en su inmaterialidad, parecía no existir más que como una referencia constante que me trastornaba de una manera que empezaba a hacerse insoportable.

De pronto, en medio de mi incertidumbre, una idea me iluminó. Al revolver los papeles de los cajones, había visto, sin darle importancia entonces, alguna que otra entrada de alguno de los monumentos que habíamos visitado Eduardo y yo. Pensé que tal vez, mirando con detenimiento, aparecería la del museo que buscaba. Era evidente que, en cuanto hubiera dos entradas de otros tantos museos, no tendría solución el enigma, pero algo me hacía pensar que encontraría una referencia, una marca, cualquier señal que me permitiera reconocer el lugar en el que Giovanna apareció en mi existencia. Saqué el primer cajón y volqué su contenido sobre la mesa, comenzando luego un minucioso escrutinio de cada uno de los papeles que se desparramaron ante mí. No hallé nada interesante, pero repetí la misma acción con el segundo y con el tercero, y fue en este en el que empezaron a aparecer las entradas cortadas que había entrevisto en mi primera búsqueda. Había de todo: entradas de cine, de teatro, de monumentos, de conciertos y hasta de fútbol. Por supuesto, también las había de museos. Fui mirando una a una todas ellas, clasificándolas según la actividad a la que pertenecían: eran muchas; el afán coleccionista de Eduardo le llevaba a guardar todo lo que era susceptible de ser coleccionado, pero con un

desorden tal, que más que de una colección habría que hablar de una acumulación caótica. El montoncito de entradas de museos iba creciendo al tiempo que salpicaba sobre mi mente los recuerdos fugaces, pero intensos, de cada una de las visitas; desde los lugares más cercanos, hasta los museos extranjeros: el Louvre y la Academia de Venecia me ofrecieron de golpe el sabor inefable del placer, del paseo sosegado entre las salas llenas de cuadros, con la luz amortiguada de lo añejo en el recuerdo de las estancias destartaladas del museo veneciano, con su sabor decimonónico.

Entusiasmada por los recuerdos, tardé en darme cuenta de que había una cantidad de entradas de museos que haría casi imposible la localización de ese concreto que contuvo, un día impreciso, a la enigmática Giovanna. Terminé de seleccionar todas ellas y pensé, entonces, que sin duda el museo que buscaba tenía que ser español; más aún, tenía que estar en Madrid: no parecía lógico que Eduardo mantuviera esa relación tan constante con alguien de otra ciudad sin que yo hubiera notado nada en todo ese tiempo. Nuestra vida diaria se desarrollaba entre Madrid y el vivero, a pocos kilómetros de la ciudad. Yo estaba, ciertamente, muy entregada a mi trabajo, pero él no lo estaba menos al suyo, por lo que sus únicas expansiones se daban en los fines de semana (los domingos, sobre todo). No era descabellado que él y Giovanna se hablaran por teléfono a todas horas, e incluso que se vieran entre semana, en el mismo

vivero o en la ciudad, con motivo de las múltiples idas y venidas de Eduardo, por asuntos relacionados con su trabajo. era evidente: el museo en el que este conoció a su amante tenía que estar en Madrid. Aparté entonces las entradas de otros lugares y me quedaron siete de la capital. Las miré con detalle, en busca de una pista oculta, y no tardé mucho en dar con ella; al menos a mí me lo pareció en ese momento. En la parte inferior de la entrada del Museo Thyssen, con letra mayúscula trazada con una perfección casi mecanográfica, había dos iniciales (o eso me parecieron): G. T. Supuse que la G hacía referencia a Giovanna, aunque no identifiqué la T, que imaginé sería la inicial del apellido de esa mujer. Ya sabía en qué museo se habían conocido mi ex marido y la italiana: ¿y ahora qué? De pronto tuve la sensación de haber estado perdiendo el tiempo, pues tampoco me servía de gran cosa el descubrimiento que acababa de hacer. Me consideré a mí misma patética, ridícula en medio del silencio y la soledad del estudio, con la primavera en la calle y yo perdida entre un montón de entradas de museos, tan inútiles como mis investigaciones de unos minutos atrás.

Pasaron al menos un par de semanas hasta que sucedió algo que solo puede atribuirse al azar, a la fuerza inmensa que este tiene en nuestras vidas, aunque a veces parezca que las casualidades son más propias de la ficción. Un día sonó el timbre de mi puerta y, cuando la abrí, me encontré tras ella a Eduardo, sonriente, como

si nada hubiera sucedido. Dijo que venía a llevarse algunas de sus cosas, que tenía el coche en la puerta. Quise preguntarle dónde vivía, pero preferí no hacerle pensar que me importaba algo su vida actual. Pasó y me pidió permiso, muy educado él, para recoger papeles y carpetas del estudio. Fui tras él hasta esa habitación y no pude resistirme a preguntar. «¿Qué tal te va con Giovanna?», le dije. Él se volvió, con la misma sonrisa de imbécil que tenía el día en que me anunció que me dejaba, y se limitó a decir: «Bien, muy bien...» No quise continuar con una conversación tan molesta, y le dejé solo en el estudio. Él cerró la puerta y se quedó allí, revolviendo papeles, como si más que venir a recoger sus pertenencias las estuviera analizando. Al cabo de algo más de una hora salió con una carpeta bajo el brazo y una bolsa grande en la otra mano, que parecía contener más carpetas. Dijo que iba a llevarlas al coche y que enseguida subiría otra vez para coger más cosas. Yo lo miré con una expresión que imagino le parecería desdeñosa y desagradable, y me limité a acompañarlo a la puerta y a cerrar esta cuando salió. Después me dirigí al estudio, por ver lo que estaba haciendo. Fue entonces cuando encontré, sobre la mesa, su cartera y una agenda de bolsillo que, lo reconozco, no me resistí a hojear, aprovechando su ausencia. No esperaba encontrar nada, pero me atraía indagar un poco en sus intimidades. Miré con avidez sus planes para los próximos días: sabía que lo tendría todo anotado, porque conocía sus manías y

recordaba que, en una ocasión, llegó a anotar en su agenda, como recordatorio, que el día de su cumpleaños era su cumpleaños, como si fuera el de otra persona y temiera olvidarse de felicitarla. Casi todo eran notas sobre cuestiones del vivero: citas con proveedores, encargos de clientes, fechas de presentación de documentos... Pero en la página correspondiente al domingo leí algo que me produjo un extraño escalofrío, como si lo inesperado del hallazgo hubiera trastornado mis sentidos. Allí estaba escrita la siguiente frase: «En el museo a las once, con Giovanna». Miré bien la fecha, confirmé que era la del próximo domingo y luego cerré la agenda, dejando todo como me lo había encontrado cuando entré en el estudio. Luego salí y me acerqué a la ventana que daba a la calle, para sentir el aire fresco del atardecer: el domingo, a las once, estaría en el Museo Thyssen, pues no me quedaba ninguna duda de que allí vería por fin a Giovanna.

Llegó el día y desde media hora antes ya estaba yo paseándome por las salas del museo, buscando entre los visitantes a Eduardo, con cierta precaución, para no dar la sensación de estar persiguiéndole, pero también con mucha tranquilidad: mi afición al arte y a los museos harían normal mi presencia en el Thyssen un domingo por la mañana. Me invadía la inquietud de no conseguir dar con él, en un lugar tan grande, ya que me era imposible saber en qué sala concreta podía encontrarme a la pareja infame. Por eso las recorrí todas con

inquietud, sin detenerme en la contemplación de los cuadros, atenta tan solo a los visitantes, como si montara guardia de una sala a otra. Recorrí así los espacios dedicados a la pintura contemporánea, a los pintores del XIX y a los más antiguos, una y otra vez, hasta que por fin, cuando ya pasaban dos o tres minutos de las once de la mañana, vi a Eduardo, solo, detenido ante un cuadro no muy grande que parecía contemplar extasiado. Miré a su alrededor y vi a una chica joven que caminaba lentamente por la sala, mirando las pinturas, y supuse que sería Giovanna, rubia y blanca como él la había descrito en sus anotaciones. Me llamó la atención que cada uno fuera por su lado y que él, tan enamorado como parecía, no prestara ninguna atención a la mujer que se movía en torno a él. En un momento, esta, que solo miraba los cuadros, chocó ligeramente contra Eduardo, estático frente a la pintura que tenía enfrente, y vi cómo le pedía disculpas y cómo él, sonriente, quitaba importancia al hecho. Luego, la joven rubia siguió su visita y se alejó de él. No era Giovanna ni había ninguna otra mujer en la sala que pudiera serlo. Me acerqué a Eduardo por detrás, evitando que se percatara de mi presencia, y miré el cuadro que tan absorto lo tenía: un calor sofocante se apoderó de mis mejillas cuando pude ver la pintura que contemplaba mi ex marido; era el retrato de Giovanna Tornabuoni, de Domenico Ghirlandaio. Giovanna Tornabuoni, me repetí mentalmente, G. T., las iniciales que había en la entrada que me dio la pista.

Juan Carlos Pantoja Rivero

Una sensación de profunda soledad se apoderó de mí, entre los grupos de personas que visitaban el museo, ajenos por completo a la escena absurda que se representaba en esa sala, al triángulo amoroso que allí se había convertido en hilera patética, desestructurado. Una mujer que había vivido hace más de quinientos años, un hombre solitario y otra mujer con la vida hecha pedazos formaban los vértices de una relación imposible. Con los ojos ardientes por las lágrimas que se asomaban a ellos, abandoné aquel teatro ilógico. Desde la puerta de la sala me volví a mirar a Eduardo: allí seguía, con la mirada llena de esa Giovanna intangible que ni siquiera lo miraba, siempre de perfil, con el rostro sereno, ajena al amor de aquel hombre triste que aparentaba ser feliz.

ÍNDICE	PÁGS
María Antonia Ricas	5
Jesús Díaz Hernández	10
Joaquín copeiro	18
Jesús Morata	30
Rafael J. Pascual	35
Jesús Pino	40
Ana Isabel Rodríguez Ortega	41
Andrés J. Ortega	45
Olga Fernández	47
Inmaculada Gómez Vera	80
Jorge Vizuete	83
Reyes Santiago Ostos	89
Francisquillo	103
Francisco Javier Reija Melchor	105
J. Luís Calvo	107
Joaquín Carballido Parra	109
Juan Carlos Pantoja Rivero	110



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Telefónica